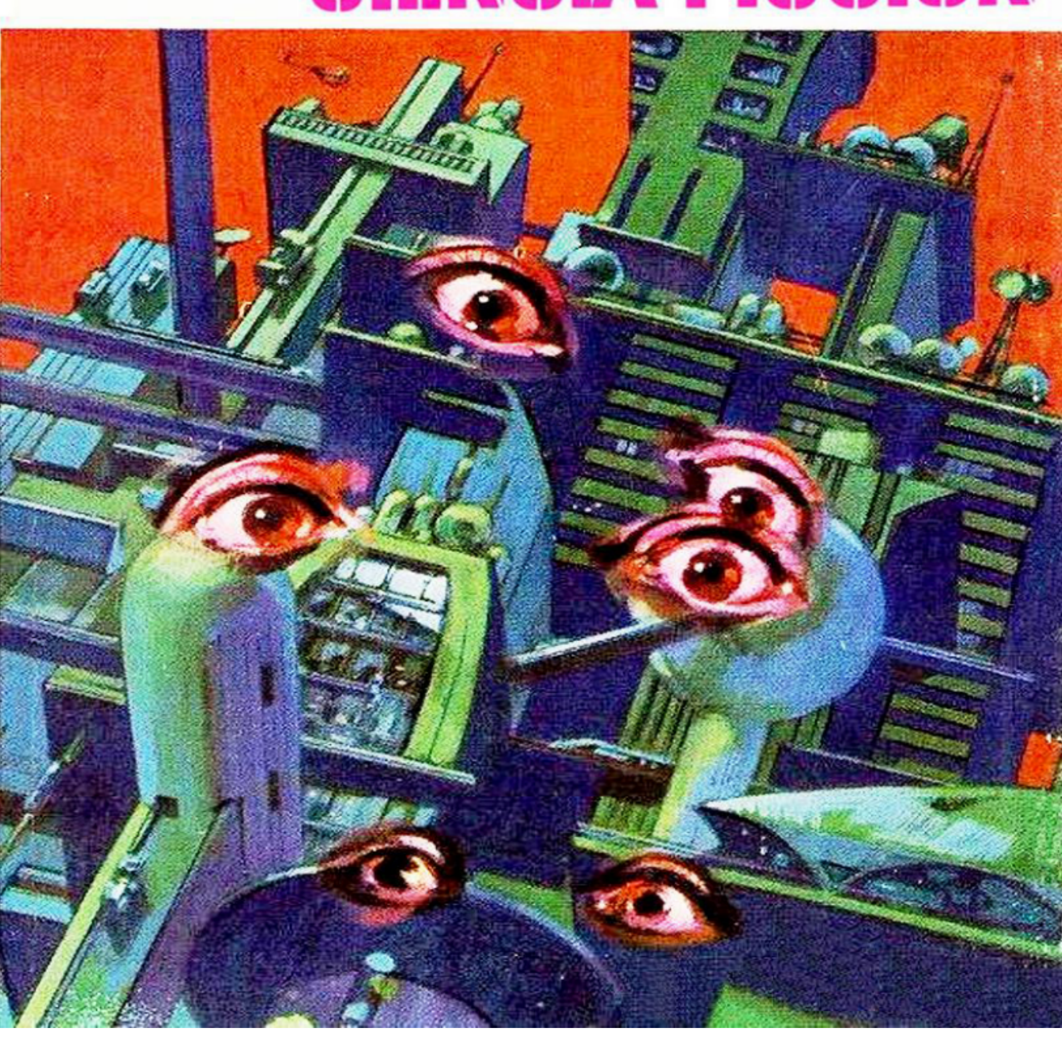
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

PANICO EN EL PLANETA «X»

Curtis Garland

CIENCIA FICCION

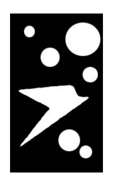



eb
LA CONQUIST
DEL ESPACI

CURTIS GARLAND

PÁNICO EN EL PLANETA X

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 387
Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-8

Impreso en España - Printed in Spain

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1978

1

Aquel cielo purpúreo, de lívidas luces, conoció acaso por primera vez la llegada de una nave procedente de otro mundo.

Eso sucedió un día del Siglo xxi, tiempo del Planeta Tierra. Un suelo virgen de formas humanas y de vida, tal y como podía entenderse en la Tierra, acogió a los primeros astronautas llegados de otro cuerpo celeste, remoto y desconocido,

Sucedió súbitamente. Fue como si altísimas nubes se desgarrasen para dar paso a una forma plateada, aerodinámica y puntiaguda, que zumbó en el cielo cárdeno, descendiendo luego de forma vertiginosa hacia la Tierra desconocido de allá abajo.

Era el parto cósmico de una criatura de metal, un artilugio centelleante, estilizado y vertiginoso, emergiendo de la bóveda quizá eterna, hecha de vapores irisados, allá en las alturas. Génesis milagrosa de un cuerpo de acero y aluminio, acaso de metales nuevos y sorprendentemente fuertes y livianos, producto de la ciencia terrestre, que proyectaba hacia un mundo incógnito y silencioso la materia tecnológica cuidadosamente lanzada desde un planeta situado muy lejos de aquél, en empeño de alcanzar los más remotos confines del Universo.

Y allí, en un mundo ignoto para el Hombre, un planeta que nunca había figurado en los proyectos de ningún científico dedicado a la Astronáutica por un azar del destino, por un fallo en las coordenadas de ruta o por un simple error tecnológico insignificante en apariencia, descendía ahora, irremisiblemente, la nave espacial llegada de otros mundos.

Porque la disyuntiva era clara para sus ocupantes: descender o morir. Caer allí, a la espera de reparar averías y poder comunicar con la base terrestre, o perecer perdidos en el espacio, sin posibilidad alguna de retorno al mundo de origen.

En la alternativa dramática, la nave y su tripulación adoptaban la única medida sensata a tomar: el descenso en el planeta.

—Ignoro cuál es, Novak —dijo roncamente el comandante de a bordo, Samuel F. Beswick—. No figura en ninguna carta celeste. Ningún astrónomo se atribuye el descubrimiento de ese cuerpo celeste... Es como si nunca hubiera estado ahí.

—Pero, evidentemente... *está* —suspiró Novak, contemplando gravemente la superficie exuberante del planeta.

—Gracias a Dios, y para bien nuestro, está —asintió Beswick, frunciendo el ceño al acomodarse en el asiento y preparar los dispositivos de aterrizaje—. Preparados, Novak. Vamos a bajar.

—Estoy listo —el astronauta Novak reforzó las correas de

seguridad de su asiento, y comprobó mediante las esferas graduadas del computador que todo funcionaba bien para la maniobra de posarse en tierra firme.

—Las indicaciones del computador son esperanzado- ras —suspiró Beswick—, Aire respirable, presión normal, gravedad muy intensa para las dimensiones de ese pequeño mundo, pero ideal para nosotros, los terrestres... En suma, las cosas no pueden presentarse mejor.

—Me pregunto si todo será tan perfecto después...

—Eso está por ver, amigo mío —resopló el comandante de la nave—. No nos queda otro remedio que afrontar los riesgos que nos aguardan con la mayor esperanza. No hay otro camino, bien lo sabes...

—Sí, señor -—afirmó Novak con tono de un perfecto subordinado, por encima de la propia amistad que unía a ambos hombres—. Así sea. Todo a punto.

—Entonces... ¡abajo!

Y la nave apuntó con su aguda, centelleante proa, a la superficie boscosa y oscura del planeta. La sombría vegetación del mundo desconocía© podía ser su tumba o su salvación. Por el momento, era lo único que podían elegir. Y ya era algo.

Arriba, sobre sus cabezas, la bóveda de nubes se cerraba de nuevo, como un muro hermético que ajustara sus escotillas tras permitir el paso de unos intrusos hacia su propio desastre.

La luz cárdena, de reflejos purpúreos, que silueteaba fantásticamente los perfiles abruptos de aquél pequeño mundo desconocido, situado en la ruta especial hacia los confines de la Vía Láctea, parecía brillar con tonalidades fúnebres en torno a la aguja plateada que era la nave terrestre «Perseo III» en su descenso hacia un mundo nuevo e incógnito.

* * *

Los ojos maravillados contemplaron absortos el paisaje que les rodeaba. Un lejano sol, brillante y azulado, descendía hacia el horizonte boscoso, como en un crepúsculo terrestre podría hacerlo su propio astro solar. Pero aquí la temperatura era sumamente inferior a la de la Tierra, y la distancia entre ambos cuerpos celestes también era notablemente superior ahora.

—Tal vez exista también una luna en este mundo, que alumbre las noches del lugar... —comentó entre dientes Bill Novak, estudiando desde detrás de su esférica escafandra de astronauta, totalmente transparente, y de la que por simple precaución, pese a los informes previos favorables sobre la atmósfera del mundo desconocido, no

habían querido prescindir, así como tampoco de los trajes espaciales que envolvían aflora su cuerpo. Y así, su marcha por el mundo desconocido, ofrecía mayores garantías ante cualquier imprevisible problema.

—Tal vez —aceptó Bewick, pensativo—. Lo cierto es que sabemos muy poco del punto en que estamos, por no decir nada. Resulta extraño que en un lugar del Universo perfectamente dibujado en los mapas celestes más moderaos, no figure ningún planeta o asteroide parecido ni de lejos a éste. En realidad, no tendría que haber aquí *ningún* cuerpo celeste. Pero la realidad nos dice todo lo contrario, Novak.

Asintió su compañero. La *voz* les llegaba por conducto del sistema de transmisión situado en un punto de su escafandra, inmediato al cuello, sumamente sensible aun en las peores condiciones meteorológicas, o en él propio vacío espacial, pero aislando siempre el sonido de la voz humana de cualquier otro ruido o interferencia.

Caminaron sobre la superficie misteriosa, de terreno ligeramente rugoso, cubierto en gran parte por la espesura, frondosa y muy alta, formada por una especie de vegetación pantanosa, de coloración sorprendentemente violácea, a veces tornasolada en gran parte por la lacia hojarasca de sus extrañas arboledas.

Su calzado espacial, que podía graduar su capacidad de adherencia a cualquier suelo, incluso el más liviano de fuerza gravitatoria que pudieran hallar en su camino celeste, facilitaba su acceso.

—¿Habrá vida orgánica aquí, aparte la puramente vegetal? —se preguntó a sí mismo, en voz alta, el tripulante Novak.

—¿Quién puede saberlo? Hay vegetación. Por tanto, ha de haber agua. Y si hay agua, es posible que haya seres vivos, animales acuáticos cuando menos. Y si hay todo eso… existe una probabilidad razonable de que también existan criaturas no acuáticas… e incluso, tal vez, una forma de vida inteligente. Todo eso entra en lo factible, a la vista del aspecto general de este mundo, pero ¿cuál es la verdad, Novak?

—¿ Exploramos a fondo, comandante?

—Quizá más adelante —habló con cautela Beswick—. Es mejor así, una vez conocidos los resultados del análisis de las muestras de este suelo, y el informe de la computadora sobre algún tallo vegetal y las muestras del aire que nos rodea. Sabemos que es respirable, y nuestros filtros lo purifican ahora para que nuestros pulmones no sufran, pero ¿sabemos si realmente existen virus, bacterias, microbios de cualquier especie, que sean nocivos para nosotros?

—Sí, creo que vale más andar con precauciones —asintió Novak, meditativo—. ¿Tomo esas muestras?

—Recoja las de los arbustos y el suelo. Yo me ocuparé del aire, y de cualquier posible elemento líquido que se halle en las raíces o tallos de esa espesura. Tenemos que saber, ante todo, si es agua o cualquier otro compuesto químico el que produce la vida orgánica en este planeta.

—Muy bien, señor. Así lo haremos.

—De todos modos, antes informaré a la Base de nuestro hallazgo. Creo que, por si algo nos sucede, es prudente que ellos sepan lo que ha ocurrido, la existencia de un mundo que no fue descubierto antes...

—Pero ¿funcionará el emisor de radio, comandante?

—No lo sé. Últimamente no funcionó. No obstante, podemos grabar un mensaje y dejarlo en constante transmisión mientras nosotros exploramos. Es posible que en algún momento conecten con nosotros y puedan captarlo. Si no es así, seguiremos insistiendo a base de grabaciones constantes. Ya puede comenzar, Novak. Yo voy a grabar el informe.

—Bien, señor —asintió Novak, dando unos pasos hacia la espesura violácea, con el recipiente selector de muestras en su mano —. ¿Cómo... cómo piensa denominar a este mundo en que nos hallamos, puesto que somos sus primeros descubridores, y hasta ahora, que nosotros sepamos, no tiene nombre alguno?

—Esa suele ser tarea de los astrónomos —sonrió Beswick, encogiéndose de hombros, camino de la nave «Perseo III», situada erecta, como un monolito de acero y aluminio, plateada y fulgurante bajo el poniente sol azul de aquel planeta, entre la espesura y tas desigualdades pedregosas del insólito paisaje planetario—. De todos modos, habida cuenta de su naturaleza misteriosa, de su enigmática presencia en un punto del Universo donde no debería de estar... le llamaré en mi informe

Planeta X. Creo que es el nombre más adecuado por el momento...

Ahora fue Novak quien sonrió, meneando afirmativamente la cabeza, y se encaminó a la espesura color púrpura, mientras el sol azul estaba cada vez más bajo en el horizonte, y pronto desaparecería, sumiéndoles en una misteriosa noche nunca vivida anteriormente.

Beswick desapareció dentro de la nave» para transmitir su mensaje a la Tierra, pese a la actual avería de sus mandos y de sus sistemas de comunicación.

Las manos enguantadas del astronauta, arrancaron tallos y hojas de la espesura y de los árboles. Pasaron a un compartimento hermético de su selector. Luego, se inclinó a recoger algunas piedras y polvillo. Entre las primeras, descubrió el brillo de algunos pequeños guijarros cristalinos, parecidos a los diamantes, pero de un pulido brillo amarillento. Pasaron a englosar su colección de muestras.

Insensiblemente, se adentró en la densa vegetación, notando que el suelo se ablandaba bajo sus pies, como si estuviese más húmedo por momentos. Clavó los ojos en el terreno que pisaba. Era cierto. Estaba dejando huellas marcadas, sobre una superficie ligeramente parduzca, impresa la suela de sus botas espaciales con toda nitidez, como si pisara un fango elástico y maleable.

De súbito, perdió pie y cayó hacia adelante, totalmente desequilibrado. No se había dado cuenta de que el terreno iniciaba de pronto un desnivel brusco, una rampa hacia un fondo cubierto de espesura... y de algo, un elemento líquido que quizá era agua fangosa o algo muy parecido.

Chapoteó en el charco, del que emergían abundantes tallos de vegetación, y maldijo al ver su visibilidad estropeada a causa de las salpicaduras de aquel líquido negruzco, semejante al petróleo.

Pasó la mano sobre la esfera plástica de su escafandra, y miró en torno, incorporándose con el líquido elemento, fuese lo que fuese, hasta sus rodillas.

Descubrió algo que era imposible ver desde el punto donde se posara el «Persea III», y lanzó una Imprecación. Su rostro reveló enorme estupor. Sus ojos se dilataron, fijos en aquello que aparecía ante sus ojos, emergiendo de la fronda como una visión fantasmal e increíble.

—No... —susurró—. No es posible... Eso significa... significa que hay *alguien* aquí... ¡que no estamos solos en este planeta!

Y como hipnotizado, dio unos pasos hacia adelante, moviéndose igual que si estuviera en trance, muy abiertos sus ojos, sin desviarse un ápice de la visión fantástica que se ofrecía ante sus ojos en aquel desnivel de la misteriosa selva, mostrándole unos perfiles, unas formas, unos rasgos que hablaban de vida inteligente, de civilización, de existencia no sólo *inteligente*, sino también *humanoide*...

En el que el comandante Beswick calificara como el Planeta X, había ahora —o había habido alguna vez, en un pasado más o menos remoto— existencia humana, seres inteligentes que dejaron como huella de su existencia *aquello* que ahora veía ante sí el atónito Bill Novak, astronauta de la nave «Perseo III».

Lo que estaba viendo... era un templo.

Un templo con gárgolas de piedra verde, adoptando formas fantásticas, de diversos seres y formas de vida humanoide, similares a la terrestre. Pero si bien aquellas criaturas que sirvieron de modelo para estatuas y gárgolas tenían notables diferencias físicas con los terrícolas —había rostros espantosamente feos, cráneos monstruosamente deformes o agigantados, miembros cortos, figuras enanas o gigantes, e incluso algunas con cuatro brazos o piernas numerosas, aún dentro de una línea humanoide— algunas de ellas,

exactamente *cuatro,* tenían la forma de perfectos humanos terrestres. Más aún. Uno de ellos *era una mujer.* Y todos llevaban trajes o indumentarias como de astronautas.

Su inmovilidad, entre las columnas en ruinas de lo que sin duda fuera un templo o recinto religioso, adoptando posturas heroicas o medrosas, asustadizas o estremecedoras, impresionó a Novak extrañamente, pese a que las estatuas, a fin de cuentas, jamás se habían movido en toda la Historia.

Tal vez aquellas estatuas y gárgolas tenían algo especial algo que logró inculcarles su artista, el asombroso creador de aquellos cuerpos verdosos, cubiertos de musgo en su pétrea estructura haciendo de todos y cada uno de ellos algo así como una imagen que, pese a su hermetismo escultural, parecía capaz, súbitamente, de cobrar vida propia.

Novak se preguntó quién pudo ser el artista increíblemente fiel a los originales que reprodujo sus rostros y cuerpos para adornar aquel templo ruinoso.

Todo ello hablaba de vida inteligente en el Planeta X, pero *¿dónde* estaba ahora esa vida?

—¡Comandante, venga pronto aquí! —pidió Novak con voz alterada, a través del comunicador de su escafandra—. ¡Es algo prodigioso, créame! ¡Venga al interior de la selva, siga mis huellas... y procure no caer en la zanja llena de agua o de lo que sea! ¡Verá, verá qué maravilla!

—Pero Novak, ¿qué diablos ocurre ahora? —sonó la voz lejana de Beswick—. ¿De qué me está hablando? ¿Es que en este mundo se sufre también de espejismos?

—Que el diablo me lleve, señor, si es un espejismo lo que tengo ante mí en estos momentos. ¡Es la prueba evidente de que en este planeta hay o hubo alguien con vida, alguien inteligente, capaz de crear una obra de arte!

—Está bien, ya voy allá —dijo Beswick, con tono escéptico—. Esperemos que, realmente» todo sea como usted dijo...

—No se arrepentirá, señor. Le espero. Le orientaré, si no da conmigo...

Sus ojos se apartaron de la maravillosa presencia del templo ruinoso, cuando un trío de cuerpos luminosos se elevaban en el espacio oscuro de la noche de aquel planeta, invadiendo de una suave luz azul el paraje, paulatinamente.

El Planeta X no tenía una luna... sino tres.

Y en ese momento, la mirada de Novak se fijó casualmente en sus manos, a través de los guantes transparentes que las envolvían. Lanzó una sorda interjección de asombro, estudiando ambas con igual desorientación.

En cada una de ellas, aparecía una mancha extraña, inexplicable. Una mancha de color verde parduzco... como de simple musgo.

Pero el musgo no penetra a través del plástico hermético. Sin embargo, al frotar las manos sobre ese plástico, notó que el musgo no sólo se desprendía, sino que se estiraba sobre su piel como una mancha de grasa.

Alcanzó sus dedos. Y notó en ellos bruscamente una rara frialdad. Quiso moverlos, y no pudo. Estaban rígidos.

Maldijo de nuevo. Agitó sus manos. La sensación de frialdad aumentaba por momentos. Y también la extensión de las manchas verdes, fuesen de lo que fuesen. Cada porción de mano cubierta de ésa tonalidad, se inmovilizaba... *¡y se endurecía!*

Al tacto, notó que en su piel empezaba a aparecer una dura costra, allí en donde el misterioso musgo se presentaba.

Aquel color verdoso no le resultaba nuevo ni extraño, después de todo. Estaba seguro de haberlo visto antes, en algún lugar... Pero ¿dónde?

De súbito, sus ojos se desorbitaron. Se fijó en aquel templo, en aquellas ruinas que, de súbito, adquirían a la luz de las tres lunas del planeta un aire lúgubre y siniestro, adoptando sombras y luces fantasmales que daban un tono de malignidad a estatuas y gárgolas.

¡Era *allí* donde estaba el color verdoso, el musgo azul sobre la dureza de una piedra también verdoso, de biliosos tonos!

Dureza de piedra, musgo, estatuas perfectas, *casi* humanas... ¿o *humanas del todo?*

—¡No, Dios mío, no...! —jadeó, repentinamente horrorizado—. Eso no... no es posible. . ¡No es posible...!

2

Nadie hubiera podido asegurar cuándo fue la última vez que se abrieron aquellas nubes para dejar paso a un cuerpo extraño, a una forma llegada desde más allá de los espacios cósmicos visibles desde la superficie del mundo misterioso.

Pero ahora estaba abriéndose de nuevo, permitiendo el paso de una forma metálica, centelleante, de estructura compleja, pero capaz de desarrollar velocidades increíbles en el espacio exterior.

Sus motores, accionados por energía f o tónica, lograba desplazar a la nave a velocidades hasta entonces nunca alcanzadas por otros vehículos espaciales. La travesía intergaláctica, se realizaba .así en un período de tiempo que en otra ocasión hubiera parecido completamente inverosímil.

Aquella estructura plateada, hermosa y gigantesca, flotó sobre el suelo planetario con arrogancia, como un invasor triunfante sobre

muchas dificultades, ensañándose en la que considerase su definitiva victoria sobre los grandes obstáculos del Universo.

Luego, mansamente, a medida que sus reactores reducían su potencia, la nave cobraba una lenta verticalidad y terminaba por situarse sobre una amplia extensión llana, rodeada de vegetación por doquier.

Después, poco a poco, los reactores se fueron apagando, hasta cesar totalmente su actividad. Un silencio profundo reinó en la zona elegida para el aterrizaje de la nave llegada dé otros mundos, en contraste con el sibilante estruendo anterior de los motores fotónicos.

Sobre el fuselaje aluminizado de la gran nave, un nombre era visible, en caracteres brillantes, de un rojo deslumbrante: «ANDROMEDA I».

Evidentemente, era el nombre de la nave espacial. Debajo, otras siglas y cifras señalaban su matriculación conforme a las normas establecidas sobre circulación cósmica, allá en los inicios del Siglo xxi del Planeta Tierra.

Pero ahora estaba muy lejos de la Tierra. Muy lejos de todo camino recorrido habitualmente por naves de contacto o comunicación interplanetaria, como podía serlo con las Colonias o Estaciones terrestres en la Luna, Marte o Venus, por hablar de aquellos primeros pasos de expansión humana en otros mundos.

Este era otro lugar. Un lugar de misterio, de sorpresa, de desorientación para todos los viajeros del espacio, como justamente acababa de reconocer el propio comandante de la nave «Andrómeda I» al resto de su tripulación:

—Este planeta, oficialmente, no existe. Sin embargo, ahí está. Tenemos la evidencia material de que, realmente, *existe*. No figura en ningún mapa celeste, los astrónomos no lo vieron jamás con anterioridad. Todo coincide con el informe casualmente captado en una estación receptora de la Tierra, acerca de una expedición terrestre anterior, y de un fantasmal cuerpo celeste llamado Planeta X. De modo, señores, que sospecho hemos llegado al «Planeta X»…

Y tras decir esto, contempló largamente la extensión de terreno que se mostraba ante ellos, a través del amplio visor electrónico del cuarto de controles, y luego se volvió lentamente, haciendo girar su asiento en el puesto de mando, para dirigir una mirada pensativa, quizá preocupada, a las personas acomodadas en la amplia sala.

Los rostros de cinco hombres y de dos mujeres, en- 1 rentados a su mirada penetrante, mantuvieron un gesto reflexivo, absorto, sin revelar emoción alguna ante las palabras del hombre que era su comandante a bordo.

* * *

—Comandante Jarvis, ¿qué cree que debemos hacer?

—La cosa está bien clara, oficial Ireland. Nuestra misión es de rescate. Se nos ha pedido que hallemos rastros de la expedición del «Perseo III» en este lugar, ***y*** ésa es nuestra tarea inmediata.

—Pero ¿seguro que es éste el planeta que buscamos?

—Seguro, no hay nada. Pero hemos estudiado la posible situación actual de un mundo de órbita elíptica en torno al sol Magallánico, y hemos llegado a la conclusión de que un cuerpo celeste situado donde aquel informe señalaba, estaría ahora, aproximadamente, en esta zona. Así ha sido, de momento. De otro modo, aquí no hubiéramos encontrado nada en absoluto.

—El «Perseo III»… Pero esa nave, comandante, hace mucho tiempo que se posó en este planeta, si es así como sucedieron las cosas. ¿Qué vamos a encontrar, después de todo, de esos tripulantes y de su nave, si es que realmente nunca salieron de aquí, tras su arribada forzosa por avería?

—No lo sé, oficial Ireland —manifestó gravemente el comandante Jarvis con la mirada perdida en el panorama de extraño colorido de aquel planeta—. Lo cierto es que nadie sabe nada, ni siquiera en la Asociación Internacional de Astronáutica, sobre la suerte final de esa nave y sus dos ocupantes. Pero, efectivamente, transcurrió demasiado tiempo para tener esperanzas respecto a ellos. Tal vez murieron, incapaces de abandonar este mundo. Sea como fuere, algo puede quedar de ellos, tal como sus cuerpos, su esqueleto, o en el peor de los casos, los restos de su nave. Buscamos simplemente una confirmación a un desastre ocurrido hace mucho, muchísimo tiempo. Si nos fuera posible hallar algo más, tanto mejor. Pero es soñar imposibles. Procederemos inmediatamente a una inspección ocular en torno a la nave, tras obtener los datos relativos al ambiente exterior, a través de los análisis de nuestra computadora. Disponga las cosas al efecto.

—Sí, señor —asintió Roger Ireland, segundo de a bordo de la nave «Andrómeda I».

Y se volvió a los demás ocupantes de la nave, tomando el micrófono para repartir las instrucciones adecuadas.

Poco después, la computadora de a bordo expedía un informe sobre la atmósfera, gravedad y demás datos externos. El comandante estudió los datos, y su rostro mostró cierta complacencia. Suspiró, aplicándose la escafandra que ajustó sobre el cuello de su indumentaria espacial.

—Perfecto —dijo—. El examen climático es positivo. Temperatura tolerable, aunque bastante fría, en especial cuando ese sol azul se oculte, como parece que hará, si sigue la trayectoria

detectada por la computadora, hacia el horizonte sur de este planeta. Aire respirable, gravedad muy intensa para el volumen y masa de este planeta, y ninguna muestra concreta de posibles bacterias o virus que signifiquen peligro para nosotros. De todos modos, será preferible moverse sin quitarse prenda alguna de nuestra indumentaria hermética. Es una precaución que no estará de más. ¿Comprendido todo?

Asintieron los navegantes espaciados que él señalara para iniciar la salida al exterior. Eran Lou Katz y Wayne Henkel, que junto con él iban a asomar a aquel mundo desconocido, plagado posiblemente de misterios apasionantes, como todos los rincones remotos del espacio adonde podía llegar una nave de la capacidad y potencia de la «Andrómeda I».

Una puerta lateral se abrió, y de una de las cabinas de a bordo emergió la figura de una mujer ataviada con un traje espacial de brillante color escarlata. El tono reservado exclusivamente al personal femenino de la Asociación Internacional de Astronautas. Otros colores, como el amarillo, azul, blanco o verde, eran distintivos especiales para los varones, según su graduación o condición. Las mujeres, si eran de especialización técnica, lucían un escarlata absoluto, mientras que si eran simplemente astronautas, sin más graduación científica o técnica, ese tono escarlata aparecía cruzado por una ancha franja diagonal color blanco o amarillo.

En este caso, la mujer .que se reunía con los tres astronautas dispuestos a pisar la superficie del planeta nuevo, era toda ella de un vivo matiz escarlata, lo cual denotaba su especialización en algún ramo de la astronáutica que no era solamente el de navegar por el espacio, como simple viajera de las estrellas.

Y así era.

La doctora Stella Marvin, del Departamento de Ciencias Biológicas de la Federación Espacial Mundial, era una investigadora, una especialista en el estudio de toda forma de vida en cualquier mundo del Cosmos, e incluso en la adaptación del ser humano a cualquier otro ambiente interplanetario y su medio de existencia.

—¿Dispuesta, doctora? —preguntó el comandante Jarvis con una sonrisa.

—Dispuesta, sí —asintió ella, con un gesto risueño—. Supongo que no pensaban dejarme a bordo en esta exploración previa…

—Supone bien, doctora —afirmó el comandante—. ¿Cómo podíamos dejar aquí a nuestro primer cerebro en el estudio de los mundos que aún desconocemos? ¿Qué haríamos sin usted?

—A veces/no sé si habla en serio o se burla de mí, comandante —suspiró ella, encaminándose a la recámara de salida—. Pero tenga algo por seguro: ustedes, los astronautas, los pilotos y navegantes, son muy

importantes, porque sin ustedes, todo seguiría igual, sin haber dado los pasos que dimos hasta ahora en la conquista del espacio. Sin embargo, hace falta algo más que viajar y pisar mundos nuevos. Es preciso estudiar las condiciones de vida, la posibilidad de existencia de vida, actual, pasado o futura, en el planeta donde nos encontramos. Ahí puede radicar la clave de una subsistencia del hombre en otros mundos, cuando nuestra Tierra resulte inhabitable, cosa que no tardará en suceder. Y eso es sólo un ejemplo de la eficacia de nuestra labor.

—No me apabulle con sus argumentos, doctora —rió suavemente el comandante Jarvis, con un destello jovial en sus penetrantes ojos grises—. Sé que su labor es» primordial en nuestras misiones. Por ello insistí en tenerla a bordo en este viaje. Usted es una garantía de que, aparte de los análisis de la computadora, tenemos una cierta seguridad, una confianza, cuando abandonamos nuestra, nave para hollar un suelo quizá hasta entonces totalmente virgen para el Hombre.

—Es muy amable en su opinión, pero no se fíe siempre absolutamente de mí o de otra persona cualquiera que haga mi tarea. Tenga en cuenta que trabajamos sobre datos conocidos o previsibles. Pero que hay muchas formas de vida que ignoramos por completo, que no sospechamos ni de lejos. Cualquiera de esas existencias orgánicas, insospechadas por nosotros, que no se detecten por los medios tradicionales, puede ser un peligro mortal para nosotros, los humanos. Y puede estar ahí, en cualquier lugar, acechándonos silenciosamente, sin que ninguno lo imaginemos siquiera. Y, por tanto, sin medio alguno para defendernos de su amenaza.

—Habla usted de las formas de vida interplanetarias como si fuesen auténticos monstruos asesinos —comentó Lou Katz, riendo.

—¿Y quién nos dice que *no* lo son? —se volvió ella vivamente, mirando al que había hablado.

—Por favor, doctora. Calificar de «monstruos» a las formas de vida de otros mundos, es caer en una xenofobia que no imaginé nunca en un científico.

—No soy xenófoba en absoluto. El maniqueísmo es algo que no puedo aceptar. Yo no considero a las formas de vida de otros planetas como enemigos intencionados, como agresores perversos, sino simplemente como una naturaleza que podría resultar hostil por sí misma, porque el organismo humano no la aceptara, simplemente.'

—Creo entenderla —asintió Jarvis, pensativo—. El peligro existe siempre. Usted no puede garantizar, con lodos sus conocimientos, que una simple espora o una bacteria insignificante de este mismo planeta, pueda ser nuestro peor enemigo, sin que exista intención de dañarnos por parte de ese organismo.

—Exacto, comandante —afirmó la doctora Marvin con firmeza—. Eso es lo que quise decir.

—Bien. En todo existe un riesgo latente. Cuando uno abandona su propio mundo y se lanza a conquistar lejanos rincones del Universo, admita que todo puede suceder. Que cualquier clase de peligro se presentará un día, pese a todas las previsiones, y podrá terminar con la misión y la vida de uno. Se acepta eso, y se intenta evitar que suceda. Pero si sucede… formaba parte de la tarea, a fin de cuentas.

—A eso le llamo yo fatalismo, señor —gruñó Wayne Henkel, el segundo astronauta de la tripulación compuesta por aquellas ocho personas que viajaban a bordo de la nave intergaláctica «Andrómeda I».

—Sí, y yo —rió entre dientes Jarvis, haciendo un gesto hacia el exterior—. Ahora, amigos míos…, adelante. Y que Dios nos ayude.

Los cuatro emprendieron la marcha decididamente, hacia la salida de la astronave. A través de los visores, la panorámica de los parajes circundantes, seguía siendo apacible, tranquila, como sin riesgo posible alguno. Pero, como dijera la doctora, no cabía fiarse de tan halagüeñas esperanzas…

Los otros cuatro ocupantes de la nave, se alinearon frente a ellos, en la amplia sala de controles de la «Andrómeda I». Había también una mujer entre ellos. Se trataba de Sheena Logan, oficial de Astronáutica con un largo historial en viajes espaciales, pese a su juventud. Y Con ella, el segundo de a bordo, Roger Ireland, el piloto Tobee Neal y el profesor Howard Clifford, científico especializado en Cibernética y Astronáutica, una autoridad en vuelos cósmicos y en la creación y reparación de instrumentos electrónicos de alta precisión.

—Usted será el comandante de la nave en mi ausencia, como es reglamentario, Ireland —dijo Jarvis a su segundo.

—Sí, señor.

—Mantenga en todo momento el contacto con nosotros. Puede ser necesario para ambos grupos que esa comunicación no se interrumpa en ningún momento. Como dijo muy bien la doctora Marvin, aún no sabemos si, realmente, todo es aquí tan positivo, tan fácil y tan favorable como parece deducirse de la apariencia previa.

—Descuide, comandante —afirmó Roger pasándose los dedos por sus dorados cabellos rebeldes—. Se hará como usted dice.

Los cuatro se encaminaron a la recámara de salida al exterior. Sus herméticos atavíos espaciales les protegerían de cualquier posible riesgo externo. O al menos, eso pensaban ellos. Pero Jarvis sabía que lo que parecía hermético en un mundo conocido, podía no serlo tanto en otro desconocido. De igual modo que existían las radiaciones cósmicas o la radiactividad atómica, había otras muchas fuerzas del Universo que podían liberarse y atravesar el tejido hermético de sus

trajes, como si fuese un papel lleno de agujeros.

Entraron en la recámara desde la que podrían salir al exterior, tras una total esterilización de sus prendas, para evitar la contaminación del ambiente externo. Era un trámite ineludible para salir a otros lugares como aquél. No sólo era preciso evitar los propios riesgos, sino los que su presencia podía comportar en otras formas de vida.

Era una ley que nadie desobedecía en las expediciones interplanetarias. Convenía respetar la ecología ajena, ya que ellos no habían sabido hacerlo con la suya propia en el pasado, y ello había estado a punto de conducir al planeta Tierra al caos definitivo.

Ahora, tras la agonía rápida de su mundo, extraordinarias medidas de seguridad adoptadas por todos los Gobiernos de la Tierra, unidos en la Federación de Estados Colectivos, habían puesto un freno a esa demencia industrial que pudo haber dado fin a la vida humana. Cierto que nuevas formas de energía, como la solar, ya anticuada actualmente, o como la que era capaz de convertir a naves gigantes, como la «Andrómeda I» en vehículos dotados de velocidad ultralumínica, llegado el caso, habían dejado limpia la ya deteriorada atmósfera de su mundo. Cierto que procedimientos ordenados de exterminio de residuos industriales habían acabado con la grave dolencia de los mares contaminados. Y muy cierto, también, que las ciudades y los grandes núcleos industrializados, gracias a las nuevas formas energéticas, a los combustibles «limpios» o a los motores eléctricos, ya no eran hacinamientos saturados de humos, desperdicios y atmósferas irrespirables que iban minando la salud del hombre y del propio planeta. La energía nuclear se había prohibido de modo definitivo, y los desperdicios atómicos del pasado, yacían ahora para la eternidad en subterráneos de un perdido asteroide, más allá del Sistema Solar, donde permanecía, por los siglos de los siglos, precintado y sepultado, sin posibilidad alguna de salir de nuevo a la luz. El asteroide describía uña amplia órbita que le alejaba del Sol y le proyectaba hacia una lejana estrella, con lo que el riesgo de cualquier posible cataclismo futuro, jamás alcanzaría a la Tierra.

En una época así, ¿cómo iban a olvidar cualquiera de ellos que el mismo respeto que se merecía la vida terrestre, merecían todos y cada uno de los planetas que pudieran hollar con sus plantas? Hasta la más ínfima vida ajena, era digna de respeto y protección, en tanto no significara un peligro para alguna otra.

Y hasta ahora, en lo que los hombres sabían sobre visitas a otros mundos, no había motivos para sentir hostilidad contra ninguna forma de vida orgánica conocida. Las viejas leyendas sobre monstruos de otros mundos, carecían de validez. Nadie era integralmente malo ni bueno, ni tan siquiera en el equilibrio vital universal. Criaturas

orgánicas, inteligentes o no, habitaban en los mundos sin pretender dañar a nadie. Pero también sin desear ser dañadas.

Sólo de momento, el llamado Planeta X era un enigma. Un misterio desde el pasado.

Porque en la Tierra, casualmente, había llegado a captarse el mensaje firmado por el comandante de la nave exploradora «Perseo, III», en el pasado. Eran otros tiempos, pero no tan lejanos que no permitieran al hombre viajar por el espacio. Y ese mensaje, que firmaba Sam F. Beswick, el astronauta desaparecido junto con su compañero Bill Novak, hablaba de un Planeta X, que no respondía a la descripción de mundo conocido alguno. Que no estaba en las cartas celestes de navegación, que en buena lógica, *no debería* haber estado en las coordenadas donde decía Beswick que lo localizaran.

Ese mensaje fue lo único que en la Tierra se supo jamás de Sam F. Beswick y de su copiloto Novak. Nunca obtuvieron respuesta a sus llamadas. Era como si el espacio se hubiera tragado para siempre a su nave y sus vidas. Pero allí estaba el misterioso planeta, localizado por los sistemas de búsqueda de la Tierra. Un raro planeta que no se mantenía fijo a órbita alguna, que no formaba parte de ningún grupo planetario, determinado. Que parecía cambiar con pasmosa rapidez y sin ningún método, de posición en el espacio, alterando brusca e inesperadamente su situación exacta, respecto al sol azul al que aparecía teóricamente sujeto a inmensa distancia, siempre cambiante por otro lado, allá en las Nubes Maga llameas.

Así, al cabo del tiempo, se había resuelto localizar esa nave cuyo mensaje se captara accidentalmente, en una frecuencia de onda poco habitual para los mensajes del espacio exterior, quizá a causa de alguna avería en la emisora de origen, o debido a posibles radiaciones electromagnéticas del planeta desde donde se efectuara el envío de ese mensaje.

Se hablaba de él de un modo sin identificar aún, al que Beswick calificó de Planeta X. Y a ese mundo parecían haber llegado los astronautas de la «Andrómeda I», nave exploradora y de control espacial, de la flotilla que en la actualidad funcionaba entre mundos y galaxias, en una especie de control de seguridad, en una constante inspección de los grandes espacios cósmicos, conforme se había decidido en la última Convención Interplanetaria, celebrada en la Tierra, para garantía de las astronaves comerciales y de las Colonias terrestres, ya instaladas en muy lejanos mundos, y en constante ampliación y progreso.

Tras algunas otras misiones de rutina, el comandante Jarvis había recibido, en Base Espacial 15, la orden de localizar y visitar el Planeta X.

Y allí estaban ahora. Dispuestos a cumplir su misión y localizar, si

ello era posible, los restos de «Perseo III» y lo que quedase de sus navegantes, tras tantos años de silencio hermético, de desconocimiento de la suerte corrida por ellos en tan infortunado viaje.

A través del amplio visor, iban siguiendo ahora el segundo de a bordo, Ireland, y sus tres compañeros de viaje, las evoluciones de los astronautas en misión exploratoria, allá fuera, en el panorama fantástico y multicolor de un mundo donde sus cielos eran de una rara tonalidad purpúrea, y sus junglas misteriosas dotadas de un color azulado, tornasolado casi, que le hacía parecer un escenario de cuento de hadas.

Pero ninguno se fiaba en ese momento de las apariencias, pensando que tal vez detrás de tanta belleza, existiera una fuerza hostil en aquel planeta. De momento, mientras no se confirmase lo contrario, la duda y la preocupación era compartida por todos ellos.

Las figuras envueltas en plástico de vivísimo colorido —en especial aquel rutilante escarlata de la indumentaria de la doctora Marvin—, eran seguidas atentamente por todos, en la amplia pantalla que captaba, con los más nítidos detalles, cuanto había en el exterior.

Los cuatro exploradores se aproximaban a la lujuriosa frontera de espesura que se alzaba ante ellos como un muro azulado-verdoso, en el que la clorofila tuviera mezcla con alguna otra materia desconocida para la bioquímica terrestre.

Y, de repente, el motivo de preocupación surgió a espaldas de todos ellos y de la pantalla de televisión que con tanta atención vigilaban.

—Al primero que se mueva, que intente algo, le mato en el acto. No vacilaré en hacerlo, no lo duden. No será la primera persona a quien doy muerte.

Un leve grito de temor y asombro brotó de labios de Sheena Logan, la única mujer que había ahora a bordo. Ella, como los demás, *sabía* que no había más que ellos cuatro a bordo, en este momento.

Sin embargo, sonaba la voz de una *quinta* persona a espaldas suyas. Y una persona que amenazaba de muerte, con voz seca y dura.

Se volvieron todos en redondo, sobresaltados. Sus ojos se clavaron, incrédulos, en el hombre que, pistola desintegradora en mano, les contemplaba desde la puerta metálica de la cabina de aprovisionamiento, con expresión fría y despiadada.

—¡Dios mío! —exclamó el comandante accidental, Roger Ireland, palideciendo intensamente—. ¡Clint Sherkwood, el asesino! ¡Escapó del Asteroide-Prisión... y ahora está a bordo!

—Exacto, señores —rió duramente el aludido, haciendo un gesto amenazador con su mano armada—. Me han identificado perfectamente. Ahora, ya saben quién soy. Y saben, también, que no

dudaré en matar a cualquiera de ustedes. Incluso *a todos* ustedes, si me obligan a ello...

Y lo peor es que tanto Ireland como los demás, sabían que eso era rigurosamente cierto.

3

El comandante Jarvis estudió, pensativo, la profunda espesura del boscaje ante el cual se hallaban. Sus ojos se separaban del indicador de atmósfera y detector de radiaciones o de cualquier otro posible peligro que afectara a su seguridad. El pequeño y eficaz aparato, sujeto a su muñeca, como un viejo cronómetro, era de una precisión matemática. Si algo había amenazador en el ambiente del planeta, lo detectaría sin pérdida de tiempo.

—Por el momento, todo correcto —oyó decir a la doctora Marvin, que le seguía a su derecha—. ¿De acuerdo, comandante?

—Totalmente de acuerdo —asintió Jarvis—. Los detectores no indican nada perjudicial. La temperatura es fría, la humedad ambiental es normal, y el aire perfectamente limpio y rico en oxígeno. Dé todos modos, la gravedad es muy intensa para un mundo tan pequeño.

—Tal vez esté hecho de minerales muy pesados en su interior —apuntó la voz del astronauta Katz.

—Sí, es posible —asintió Jarvis—. Eso explicaría el fenómeno.

Siguieron adelante. Tuvieron que empezar a utilizar las hojas de sus cortos instrumentos incisivos y afilados, como viejos machetes selváticos, para irse abriendo paso en el denso espesor de vegetación que dificultaba su marcha. El terreno era húmedo y blando. Las pisadas de los exploradores se hundían suavemente en él, dejando las huellas de sus suelas, con un dibujo espacial que dejaba marcada una serie de cifras. Era la clave para identificar cualquier pisada en el futuro, si otras personas llegaban allí a investigar. Pero Jarvis no recordaba que en tiempos del viaje espacial de Beswick y de Novak hubiera tales distintivos impresos en la suela magnética de los calzados de los astronautas.

Y aun de haberlos habido, ¿hubiera el tiempo respetado esas huellas sobre el suelo de aquel planeta? Tal vez lluvias torrenciales, fango o humedad, terminarían por borrarlo todo, si el clima de aquel mundo era similar al de otros que él conocía ya a través de sus viajes por el espacio.

Katz y Henkel cerraban la marcha del reducido grupo, vigilantes y atentos a todo cuanto pudiera surgir en torno suyo. Pero la propia calma, la tranquilidad, el silencio increíble de aquel lugar, les relajaba

lentamente, convenciéndoles de que no había' motivo para el temor. Ni siquiera la señal de alguna existencia ajena a la puramente vegetal era perceptible en torno.

—Empiezo a sentirme inquieto —dijo de repente Jarvis, parándose en seco.

—¿Inquieto? —la doctora le miró, sorprendida—. ¿Por qué, señor? No hay motivo alguno para ello...

—Precisamente por eso. Este silencio no es normal. No me gusta.

—Si no hay formas de vida en este planeta... resulta natural, ¿no cree?

—Si no las hay, sí. Pero es que *presiento* que sí las hay en alguna parte.

—Un presentimiento no es un método muy científico de llegar a alguna parte —dijo con una sonrisa levemente irónica la doctora.

—Quizá para usted no. Para mí, puede serlo. Admito que puedo estar equivocado, pero esta calma, esta quietud, me resulta... *amenazadora.*

—¿Amenazadora? —se extrañó Katz, aproximándose—. ¿En qué sentido, señor?

—En uno, puramente lógico, aunque no sea tan científico como el que pudiese exponer la doctora Marvin. Este planeta tiene jungla, humedad, agua, buen clima, aunque algo más frío que el terrestre. Todo esto implica la posibilidad de existencia de formas de vida. Cuando menos, animales. Animales que, lógicamente, se moverían en la espesura, como su medio ambiente.

—¿Y qué, comandante? —le apremió ella.

-—En la Tierra, esos animales, dentro de la espesura, producen sonidos, ruidos. Si son aves, revolotean. Si son reptiles, se deslizan, se mueven. Todo eso, produce una serie de ruidos, sutiles a veces, ruidosos otras. Nuestros sensores de sonido, permanecen mudos. No captan sonido alguno, pese a su gran sensibilidad.

—Tal vez los animales estén aquí en reposo, si es que los hay.

—En reposo... o *asustados* por algo. ¿Ha pensado que la jungla sólo permanece callada cuando algo va a suceder, cuando ellos intuyen un peligro?

La doctora asintió, mirando a su jefe. Tuvo una leve sonrisa.

—Sé adonde quiere ir a parar —manifestó—. Pero para eso, también tengo una respuesta que no va a gustarle, de cara a su teoría: ellos pueden estar asustados de... *de nosotros.*

—Lo había pensado —asintió lentamente Jarvis, la mirada perdida en la frondosa distancia—Pero no me vale.

—¿Por qué no? —parpadeó ella, algo irritada.

-—Observe. Hay aire en el planeta. Aire frío y húmedo. Nuestro indicador detecta ráfagas bastante fuertes. Vea el movimiento agitado

de la espesura. Pero observe que el aire sopla en dirección *contraria* a la nuestra'. Eso denota la imposibilidad de que muchos animales, sean del mundo que sean, detecten nada especial desde donde nosotros estamos, ya que el aire viene del lado opuesto... y trae consigo *algo* que a ellos les asusta. Algo que puede ser un olor, un ultrasonido... o una simple percepción intuitiva, de las que los animales saben bastante.

—Podría ser... -—admitió ella de mala gana-— siempre que hubiera animales aquí.

—Tiene que haberlos —afirmó Jarvis—, Estoy seguro. Y por la razón que sea, están asustados.

—El descenso de nuestra nave pudo atemorizarles, comandante —apuntó Henkel, pensativo—. No deben estar acostumbrados a cosas así...

—Es posible. Pero hace ya demasiado tiempo de eso. Alguno de ellos se movería, iría de un lado a otro, produciría algún sonido. El instinto animal les enseña cuándo no deben temer nada de alguien. Y en nuestro caso, no somos cazadores, y ellos deben intuirlo. Por tanto, hay otra cosa que les inquieta. Algo que, quizá, nosotros sí hayamos provocado involuntariamente con nuestra llegada.

—Sigue siendo solamente una teoría, comandante —hizo notar la doctora con sequedad.

—Claro —sonrió Jarvis burlonamente—. Sólo una teoría, doctora. Pero no la olvide. Es posible que pronto tenga que darme la razón...

—¡Un momento, señor! —habló Katz con voz tensa.

¿Ocurre algo? —demandó Jarvis, volviéndose alarmado.

—No lo sé. Pero el .contacto con la nave acaba de perderse.

—¿Qué? ¡No es posible! —él mismo conectó su transmisor especial, y sólo captó un leve zumbido. Llamó con voz enérgica—: ¡Oficial Ireland! ¡ Oficial Ireland, habla su comandante! ¡Informe en el acto! ¡Establezca contacto, según le ordené!

No hubo respuesta. Jarvis arrugó el ceño, preocupado. La doctora Marvin lanzó un suspiro, moviendo negativamente su cabeza, bajo la escafandra cristalina.

—Igual resultado, señor —dijo—. No establezco contacto alguno. Pero el transmisor funciona. El fallo está en la nave.

—No puede ser una avería —señaló Henkel—. El zumbido indica que existe contacto en la comunicación, pero que el receptor de a bordo está cerrado.

—Eso no tiene sentido. Ireland no desobedecería una orden ni cerraría por negligencia —apuntó secamente Jarvis, con la mirada perdida en la distancia, en el enorme fuselaje plateado, aún visible más allá de la espesura que habían salvado hasta el momento.

—¿Qué hacemos, entonces? —indagó la doctora.

—Naturalmente, regresar. Ahora mismo —ordenó Jarvis—. Hay que averiguar lo que sucede a bordo. No me gusta esto. En marcha. Volvamos. La exploración continuará más tarde.

Los cuatro dieron media vuelta, iniciando el regreso a la nave. Apresuraron el paso, para llegar cuanto antes al «Andrómeda I».

Pero la tarea no iba a resultar tan sencilla. Algo iba a suceder. Algo con lo que ellos no contaban. Algo que impediría su regreso al vehículo espacial.

Y fue todo tan repentino, que nada pudieron hacer por evitarlo.

* * *

—¿Qué espera conseguir con esto, Sherkwood? No va a salirse con la suya.

—Eso ya lo veremos —rió entre dientes el hombre armado—. De momento, estoy fuera de la prisión espacial. Fue muy oportuna su llegada al Asteroide Prisión. Y más fácil de lo que imaginé conseguir mi evasión. Ahora, estoy fuera de aquel maldito recinto lleno de celdas y de canteras de trabajo. Libre otra vez. Lejos de la prisión.

—¿Por cuánto tiempo, Sherkwood? —le replicó fríamente Sheena Logan—. Terminará por volver allá... o por morir en el espacio.

—No moriré solo, si eso sucede así —fue la adusta réplica—. He aprendido que uno no gana nada entregándose. No quiero pudrirme por el resto de mis días en aquel infierno repleto de asesinos de la peor calaña, de gentuza miserable y repugnante.

—¿Qué otra cosa se considera usted que es? —le objetó con acritud el profesor Clifford.

—Váyase al diablo —rezongó el joven y vigoroso ex cautivo, evadido de la penitenciaría espacial—. Si he de volver allí, antes me mataré. Por tanto, no temo morir, señores. Y *un* hombre que no teme morir, es capaz de cualquier cosa por sobrevivir. De cualquiera.

—¿Qué espera ganar con haber venido hasta aquí, oculto en nuestra nave? A estas horas, todas las patrullas espaciales tienen orden de arresto contra usted. Le buscarán por todas partes. Sabrán que utilizó nuestra nave para huir. Ahora no hay distancias, Sherkwood —era Ireland quien hablaba, contundente—. Terminará por volver allá, le guste o no. O le matarán. Y no habrá valido la pena luchar contra lo irremediable.

—Lo veremos —silabeó el evadido, cubriéndoles siempre con su arma—. Ahora que ya han cortado el contacto con los expedicionarios que están fuera, van a seguir obedeciendo mis órdenes. Ahora, yo soy el comandante a bordo.

—¿Qué órdenes puede darnos un hombre como usted? Ni siquiera es un navegante. No sabe manejar un vehículo espacial.

—Tal vez se lleve una sorpresa conmigo —masculló el fugitivo—. Mi primera orden va, a ser ésta: ¡despeguen del planeta!—Cielos, no —rechazó Ireland, muy pálido—. ¿Dejar aquí a los demás? ¡Sería como asesinarlos a sangre fría!

—Me tiene sin cuidado lo que usted considere que es. Se quedarán aquí. Como usted dijo, hoy día no hay distancias. Comunicarán con cualquier otra nave, y serán rescatados. No hay problema.

—¡No sabe lo que dice! —jadeó el profesor Clifford avanzando hacia él.

—¡Quieto, no se mueva de donde está, señor! —avisó duramente el evadido, apuntando con su temible arma desintegradora al profesor —. No quisiera tener que causarle daño… tan pronto.

—Dejarles aquí, será como matarles —prosiguió el profesor—. No es tan sencillo que las naves de socorro lleguen tan lejos. Este planeta, además, cambia constantemente de posición y no ha sido aún detectado oficialmente por los Servicios Cartográficos del Espacio. Podrían tardar diez años en venir a recogerlos. Para entonces, todos ellos estarían muertos.

—Puede haber vegetales comestibles aquí —sonrió - Clint Sherkwood—. E incluso animales, peces… No creo que se mueran. El aire es respirable, ustedes lo dijeron.

—No sabemos nada de este mundo —se exasperó Ireland—. Las noches serán gélidas, sin duda.

—Sus trajes son herméticos y antitérmicos —rió Sherkwood, implacable.

—¡El agua puede no ser potable, los trajes pueden desgarrarse, los alimentos pueden tener toxinas que en la Tierra se desconocen! ¡Incluso puede haber fieras peligrosas aquí, y sus armas resultar inútiles, si su poder es excesivo para sus medios de defensa!

—Todo eso son teorías y suposiciones. No insistan. Vamos a salir de aquí.

—¿Y si nos negamos?

—Tendré que matarles y conducir yo esta nave.

—Está loco. Moriría encerrado en ella, como un cadáver viviente metido en un gigantesco ataúd perdido en el espacio. Manejar esto es muy complicado.

—Tal vez no lo sea tanto —sonrió Sherkwood fieramente. Y caminó hacia los mandos ante las miradas de inquietud de todos. Su mano zurda se extendió sobre un determinado panel. Señaló varias teclas y botones, pausadamente—. ¿Qué les parece? ¿Creen que si manipulo en ese, en ese, en ese otro botón, en ese resorte, en ese

control, no me hago perfectamente con los mandos de la nave?

Roger Ireland tragó saliva. Contempló el fiero gesto del hombre atlético, barbudo, de cabellos oscuros y rebeldes, de boca crispada, ojos centelleantes y facciones duras y curtidas por el crudo sol del asteroide maldito de los cautivos espaciales.

—Cielos… —dijo muy pálido—. ¿Dónde aprendió astronáutica un convicto de asesinato?

—Eso es asunto mío —rió entre dientes el evadido—. Como ven, no tengo problemas para • subsistir sin ustedes. Hay a bordo hidratos y alimentos para cinco años. Eso, contando ocho personas. Para una sola, eso se multiplica… ¡hasta cuarenta años! Ello, y la energía acumulable en las baterías de esta nave, me dan una independencia de existencia de casi toda una vida, siempre que ustedes ocho no existan. Una fascinante posibilidad para mí, ¿no es cierto?

—Es un demente —farfulló roncamente el profesor Clifford—. Un psicópata asesino. Mató a dos personas. Luego, al huir, mató a tres más. Sólo las nuevas leyes, prohibiendo la pena de muerte, salvaron su existencia y le enviaron a aquel asteroide perdido, donde los criminales purgan sus delitos. Será capaz de hacer lo que dice. Recuerdo que las cadenas de televisión planetaria, transmitieron su imagen por entonces. Era muy peligroso. Iba armado y no vacilaba en matar. Y precisamente, a las dos primeras personas a quienes asesinó… ¡eran su mejor amigo y SU PROPIO HERMANO! Lo recuerdo muy bien.

—Su hermano… —se estremeció Sheena Logan, clavando en él sus profundos ojos rasgados—. Dios mío, qué horror… Un nuevo Caín…

—Ya hablaron demasiado de mí —cortó abruptamente Sherkwood, agitando su arma, con un raro destello en el fondo de sus aceradas, frías pupilas amenazadoras—. Vamos, actúe de una vez, sí no quiere que lo haga yo. ¡Despeguen de este planeta!

—Mire… —silabeó Ireland, señalando la pantalla del gigantesco televisor de a bordo—. Son ellos. Regresan a la nave, saben que algo anómalo sucede, al haber cortado el contacto… ¡No puede dejarles abandonados aquí, si tiene un mínimo de conciencia!

Sherkwood clavaba sus ojos huraños en la pantalla. Se volvió hacia el comandante accidental del «Andrómeda I», como si fuese a replicarle algo brusco e incisivo, que demostrase su total ausencia de conciencia o de escrúpulos al respecto. Pero de pronto, cambió de idea. Estaba mirando aún, de soslayo, hacia la gran pantalla en color. Y dijo abruptamente, señalándola con su mano armada:

—¡Mire ahí usted! ¡Vea lo que yo veo! ¿Cree aún que podemos quedarnos aquí a intentar algo por ellos? Están perdidos, hagamos nosotros lo que hagamos en su beneficio, ¿no se da cuenta de ello?

Ireland y sus tres compañeros de viaje, con un común gesto de horror, crispadas sus facciones por una expresión de angustia y de pánico, se enfrentaron a la pantalla adonde señalaba en estos momentos Clint Sherkwood, el convicto.

Tenía razón el criminal evadido. Todos ellos pudieron comprobarlo con sus propios ojos.

Un peligro terrorífico acechaba a los cuatro exploradores situados en el exterior. Un peligro que llenó de pavor a los testigos de la terrible escena...

Algo se interponía entre la nave y los cuatro astronautas. Algo increíble y pavoroso, surgido súbitamente de entre la espesura verde-azul del Planeta X. x

Ese *algo,* era un enorme, un gigantesco y viscoso reptil, semejante a una oruga, pero de tamaño inmenso, casi como un monstruo de la Prehistoria terrestre.

Su cuerpo alargado, sinuoso, palpitante, era blancuzco, lechoso, con salpicaduras de un amarillo lívido. Iba dejando un rastro de espuma a su paso deslizante, increíblemente rápido, sobre una especie de extremidades o patas en forma de ventosa blanda, en número superior al centenar. Aquella especie de colosal ciempiés, tenía una cabeza achatada y fofa, de redondos ojos blancuzcos, como bulbos, y una boca inmensa, pavorosa, cubierta de algo que no eran dientes, sino simples púas flexibles, entrelazadas, que sin duda succionarían a los astronautas con suma facilidad, engulléndoles en un festín aterrador y sumamente sencillo.

El comandante Jarvis había desenfundado una de sus armas desintegrantes, disparando sobre la enorme oruga un chorro de ácido candente, llameante, que hirió su piel babosa.

Pero lo único que logró el impacto fue producir una amplia quemadura en la rugosa piel lechosa, obligando a emitir el dolor un bramido repulsivo al monstruoso ser, que se agitó, con temblores de cabeza a cola, sin más reacción ante el ataque. Una poderosa contracción de su cuerpo y de sus extremidades, le proyectó hacia adelante, en un desplazamiento de yardas y yardas, que le situó virtualmente sobré los cuatro astronautas.

La bocaza voraz» babeante, se precipitó sobre los cuatro infortunados. Jarvis le proyectó otro chorro desintegrante, al fondo de su boca, y el monstruo rugió, estremeciéndose. Pero era todo lo que podía hacer ya el comandante. El y sus tres compañeros iban a ser engullidos por aquella doble hilera de púas flexibles, tras las cuales desaparecerían para siempre en breves segundos.

—Es horrible... —cerró sus -ojos Sheena, angustiada—. ¡No podemos evitarlo...!

Los restantes tripulantes del «Andrómeda 1», permanecían como paralizados, incapaces de reaccionar» los ojos clavados en la trágica escena del exterior, que iba a marcar el destino final para Jarvis y sus compañeros.

Solamente Clint Sherkwood entró en acción, mientras los demás parecían simples estatuas desprovistas de vida. Inesperadamente, el fugitivo de la Justicia se precipitó sobre los mandos de la gran nave espacial.

Todos pensaron que iba a despegar, anticipándose al festín atroz de aquella repulsiva criatura del Planeta X. Era la reacción lógica y previsible, en un hombre como Clint Sherkwood, el evadido del Asteroide Prisión.

Sin embargo, hizo algo muy distinto, ante el estupor e incredulidad de todos los presentes. Con mano firme, sin una sola vacilación, el evadido proyectó sus dedos sobre una serie de teclas que accionaron un mecanismo exterior de la nave. Uno de los turbo-reactores de energía ultraiónica de la nave, se movió, situándose en posición inclinada, como un extraño cañón apuntando a la feroz criatura.

Luego, sin vacilar, los dedos de Sherkwood presionaron la tecla de aquel motor, a toda presión.

Fue como si un volcán entrase en erupción en el cráter metálico que formaba el tubo del reactor. Por su boca brotó un chorro terrible de fuego y humo, que barrió la tierra y la espesura toda del planeta, entre la nave y los cuatro astronautas, alcanzando de lleno la parte posterior del monstruoso reptil, oruga o lo que ello pudiera ser.

El bramido de éste, hizo retemblar el suelo casi tanto como la propia explosión del motor ultraiónico. Más de medio cuerpo viscoso desapareció, convertido en jirones babeantes, ennegrecidos con rapidez y volatilizados en la límpida atmósfera del planeta, como simples pavesas.

El resto del cuerpo del monstruo, se agitó en convulsiones dantescas, ya sin preocuparse de los astronautas que iban a ser su manjar, y esas convulsiones le alejaron del cuarteto, lo suficiente para que el desconcertante Sherkwood apretara de nuevo la tecla de disparo, barriendo con otro chorro térmico el resto de la forma repugnante, que se hizo pedazos, de modo definitivo.

Reinó un silencio ele muerte en el exterior, tras el repetido estruendo de las explosiones, y los bramidos de muerte de la criatura deslizante. Pulsó de nuevo las teclas el fugitivo. Descendió la turbina a su posición vertical habitual, al pie de la nave, y cesó de silbar la energía, al apagar los motores interiores de la nave.

Estupefactos, Ireland y los demás contemplaron al hombre que acababa de salvar las vidas de Jarvis y los otros tres exploradores.

—Dios nos asista, lo hizo —jadeó el profesor Clifford—. ¿Cómo se le ocurrió con semejante rapidez...?

—Es un experto —silabeó Ireland—. Un experto en Astronáutica moderna... ¿Cómo es posible, si llevaba varios años en ese asteroide...?

—Dejemos las explicaciones ahora —cortó abruptamente Sherkwood, contemplando ceñudo las figuras que ahora, rápidamente, corrían hacia la nave, dejando atrás los miserables fragmentos de la criatura reventada—. No sé por qué tuve que hacerlo... como tampoco sé por qué espero ahora... a que ellos estén aquí.

Incrédulos, se miraron entre sí los cuatro tripulantes. Sherkwood, contra todo pronóstico, no sólo había salvado a Jarvis, a la doctora Marvin, a Katz y Henkel, sino que ahora incluso les esperaba para recuperarlos, permitiéndoles subir a bordo.

¿Qué extraña metamorfosis había sufrido la conciencia de aquel criminal?

—No sé por qué lo hizo, pero... gracias —musitó Sheena Logan—. Gracias por salvarles la vida, Sherkwood. Que Dios se lo premie.

—Dios... —el ex presidiario se encogió de hombros con escepticismo—. Hace ya tiempo que dejé de confiar en El...

Y esperó, pacientemente, a que los cuatro exploradores penetrasen en la recámara de acceso al interior de la nave. Su arma encañonaba de nuevo a los cuatro tripulantes de la «Andrómeda 1». Seguía siendo, pese a todo, el dueño de la situación. Y no parecía dispuesto a renunciar a tan privilegiado papel.

Cuando se deslizó la puerta de la entrada y el comandante Jarvis entró, seguido por la doctora Marvin y los astronautas Katz y Henkel, la sorpresa se pintó en el rostro de todos ellos ante la escena a la que tenían acceso ahora.

—¿Qué significa...? —comenzó Jarvis, demudado.

Su gesto de empuñar un arma, se vio frenado por la voz seca de Sherkwood:

—Ni lo intente, amigo. Puedo matar a ocho igual que a cuatro. Además, me debe la vida, no lo olvide. Usted, y sus tres amigos.

—¿Fue usted quien...? —los ojos aturdidos de Jarvis buscaron los de su segundo, Roger Ireland.

—Sí, señor —asintió éste—. Fue él. Se le ocurrió de repente... cuando yo no hubiera sabido qué hacer...

—De modo qué es cierto. Me salvó la vida. Nos la salvó a todos... destruyendo con dos explosiones de energía ultraiónica a esa horrenda criatura...

—Eso es, comandante —sonrió sardónicamente el fugitivo.

—Su rostro me parece conocido., aunque no sé cómo llegó hasta

aquí.

—Es Clint Sherkwood, señor —explicó Ireland amargamente—. El recluso del Asteroide Prisión. Acusado de cinco asesinatos. Escapó cuando estuvimos allí, y se metió aquí de polizón.

—Entiendo —la mirada fría de Jarvis se clavó en el viajero clandestino—. Sherkwood. Fue un caso muy sonado. Muchos asesinatos a sangre fría. Un hombre feroz. Muy peligroso. Incluso mató a su hermano, según creo.

—buena memoria, comandante —aprobó el hombre de la pistola desintegradora—. Ese soy yo. Ocurrió hace cinco años ya. Cinco años en ese asteroide. Dicen que el tiempo es relativo en el espacio. Ignoro cuánto tiempo del asteroide será equivalente a cinco años en la Tierra, pero yo llevo esos años en esa prisión espacial, es lo único que sé.

—No conozco las equivalencias, pero supongo que no hay mucha diferencia entre un tiempo y otro —suspiró Jarvis—. Aquí, en otros lugares del espacio, la cosa cambia. Pero yo me pregunto ahora, ¿qué espera conseguir usted con esto?

—Libertad. Sólo eso.

—No irá a ninguna parte. Ya ha visto que los mundos son hostiles. Incluso los más apacibles en apariencia. Y no puede volver a la Tierra ni a ninguna Colonia terrestre, bien lo sabe. Es un condenado, un reo a perpetuidad.

—Primero pensó en despegar sin ustedes —dijo Ireland—. Luego, de repente, resolvió salvar sus vidas ante esa bestia horrible.

—Ya —los ojos de Jarvis y los del evadido, se cruzaron, glaciales —. ¿Por qué lo hizo, Sherkwood?

—No lo sé. Ahora, ya estamos todos. Despeguen. Es una orden.

—Claro —asintió Jarvis, mirando ahora a Ireland—. Ya oíste. Despega.

—No valen trucos —avisó el fugitivo con sequedad—. Si está pensando en que un despegue brusco en vertical va a sorprenderme, está en un error. Sé lo que sucedería con la* aceleración. Estas naves modernas van provistas de sistema de despegue paulatino, en diagonal. Utilícelo.

Jarvis se mordió el labio inferior. Empezó a denotar preocupación. Su amplia frente aparecía ahora cruzada de surcos.

—Un punto a su favor —dijo, áspero—. No suponía que estuviera tan enterado de nuevas técnicas de la Astronáutica. Usted ni siquiera fue nunca astronauta.

—No, nunca lo fui,

—Sin embargo, tuvo la idea de los propulsores a chorro para destruir a ese monstruo... y ahora se le ocurre advertirme de algo que yo había planeado y mi segundo entendía perfectamente.

—Me halaga que admita su pequeño fracaso —sonrió duramente

Sherkwood.

—¿Dónde aprendió todo eso? —quiso saber Jarvis, curioso.

—En el asteroide. Mi compañero de sucia, infecta y húmeda celda en las cuevas de aquel infierno, era un ingeniero espacial graduado en Astronáutica. El pobre diablo está enfermo de muerte. Existe allí un mal incurable, que termina por minar los pulmones y el hígado de los cautivos. Es algo provocado por el polvo de las canteras de aquel asqueroso trozo de piedra flotante en el espacio. Uno muere mil veces peor que con la silicosis o con la tuberculosis. Y mucho más lentamente. ¿Cree que vale la pena cambiar eso por una muerte rápida… o una remota posibilidad de libertad, sea donde sea?

—Simpatizo con usted en ese punto —afirmó, hosco, el comandante Jarvis—. Yo también haría lo mismo en su lugar. Pero jamás puedo compenetrarme con un asesino. No sé vería en esta situación si no hubiera cometido crímenes tan lamentables, Sherkwood.

El aludido le miró largamente, con una rara profundidad en sus ojos. Los labios, prietos y duros, dibujaron una firme línea de agresividad que, al-curvarse, se hizo amargamente burlona. Pero no dijo nada. En vez de ello, señaló los controles a Ireland.

Este cambió una mirada con Jarvis. El comandante asintió con la cabeza, dándole el visto bueno a la forzada operación de despegue que exigía el intruso en la nave.

Un silencio tenso se extendió entre los demás tripulantes de la nave. Se fueron acomodando todos en sus asientos de despegue, asegurándose con las correas a los mismos.

—Listos —dijo con voz ronca Tobee Neal, hablando en nombre-de todos.

Sherkwood indicó a Jarvis y a Ireland que hicieran la misma operación. El se encaminó al fondo de la cabina, donde se extendían las literas de servicio de guardia. Ocupó una, asegurándose también con algunas de sus correas, pero sin dejar de encañonar a los demás.

—Adelante —ordenó-—. Ya es hora, ¡Despeguen!

Jarvis entornó sus ojos, dándose por vencido ante la amenaza del forajido. Lamentaba que tuvieran que dejar tan apasionante mundo sin haber llegado a descubrir ninguna de sus maravillas, salvo la existencia de aquel ser abominable que estuvo a punto de devorarlos.

Después de todo, no podía lamentar totalmente la presencia del asesino a bordo de la nave. Gracias a él, ahora, estaban vivos él, la doctora Marvin y los- astro» nautas Katz y Henkel.

Pero esa supervivencia tenía ahora un amargo tributo, al tener que abandonar, por exigencia del criminal evadido, la superficie del misterioso y fascinante mundo ignorado, el inquietante Planeta X donde años, décadas atrás, desaparecieran dos hombres llamados

Beswick y Novak...

Los dedos de Ireland se dirigieron al teclado del poderoso sistema de computadoras que accionaba los mandos de a bordo en sus periplos espaciales...

Justo entonces, la doctora Stella Marvin lanzó aquel agudo grito de terror, que conmocionó a todos los ocupantes de la nave, haciendo volver hacia ella sus ojos.

—¡Dios mió! —gritó ella—. ¡Miren, miren *eso!*

Señalaba hacia las manos extendidas del astronauta Wayne Henkel, que se apoyaban en los brazos de la butaca a la que estaba ligado, a la espera del brusco despegue en diagonal, hacia las alturas cubiertas de densos y enigmáticos nubarrones.

Jarvis, Ireland, e incluso el propio Sherkwood, miraron en esa dirección, sorprendidos. Todos pudieron ver lo que señalaban los ojos de la doctora.

Sobre los dorsos de ambas manos del astronauta Henkel, unas manchas verdosas, oscuras, comenzaban a extenderse. Pero su crecimiento era desusado, sorprendentemente rápido. Ante su propia mirada, eran como manchas de aceite, creciendo por momentos, extendiéndose casi en su totalidad de la mano, hasta el inicio de sus dedos»

—Cielos... —jadeó Henkel—. ¿Qué me ocurre? Me siento mi mano. Es como si de repente se quedase fría inmóvil... ¡No puedo moverla!

La curiosidad de Sherkwood fue tal, que olvidó por un instante su situación a bordo, la necesidad imperiosa de vigilar a todos. Jarvis no la había olvidado, sin embargo. En aquel breve instante, acaso un solo segundo o dos, que duró el interés súbito y vivo de Sherkwood hacia las extrañas manchas verdes que también crecían ya en las otra mano, con la apariencia de una rara capa de musgo adherida a la epidermis de Henkel, la mano zurda de Jarvis pudo llegar al teclado de mando.

No pulsó el resorte de salida en diagonal, con aceleración frenada, sino por el contrario, él botón rojo de máxima presión de partida. -

El estallido de los reactores, al iniciar su combustión, provocó una sacudida tan súbita y brutal, a bordo de la nave, que la' pistola desintegradora escapó violentamente de manos del fugitivo, rodando por el pavimentado suelo brillante de la cabina, muy lejos de su alcance.

Jarvis frenó en el acto los reactores, y el «Andrómeda I» tembló sobre su soporte, como si estuviese a punto de desplomarse, sin llegar a despegar del Planeta X.

—¡Malditos...! —rugió Sherkwood, desprendiéndose con rapidez de sus correas, para precipitarse como un rayo hacia donde yacía

ahora su arma.

Pero el comandante Jarvis y el segundo Ireland ya habían logrado salir de su pasividad anterior, y ahora fueron dos las armas que apuntaron directamente a la cabeza y cuerpo del polizón.

—¡Un paso más, Sherkwood, y es hombre muerto! —avisó duramente Ireland.

Jarvis también le cubría con su arma cuando se limitó a manifestar:

—Las cosas han cambiado, amigo. Será mejor que se porte sensatamente. No me gustaría tener que matarle.

r—¿Lo haría» realmente? —jadeó Sherkwood, mirándole como una fiera acosada, después de comprender que era inútil luchar por la recuperación del arma, y que estaba vencido—, ¿Lo haría, sabiendo que me debe la vida?

—El comandante no sé si lo haría —avisó Ireland con dureza—. Pero yo no le debo nada, Sherkwood.

Esté seguro de que apretaría el resorte de disparo, si me obligase a ello con su actitud...

Encogido, como agazapado, el fugitivo miró a uno otro. Luego alzó sus brazos, comprendiendo que había perdido la partida. Ahora ya no era el dueño de la situación sino el cautivo de los astronautas.

—Muy bien —dijo—. Me ganaron. Preferiría morir ahora mismo, si no fuese por que el viaje de regreso al asteroide es muy largo... y todavía pueden suceder muchas cosas. Esa será mi esperanza hasta entonces.

—Me temo que ya no exista posibilidad alguna para usted, Sherkwood. Es nuestro prisionero. Será tratado dignamente en todo momento, porque sus cuentas con la sociedad son cosa de la justicia, no nuestras. Pero aquí, su posibilidad de evasión o de triunfo serán nulas.

Tras decir esto, Jarvis, desprendido de sus correas, se encaminó despacio hacia el cautivo, v le señaló una puerta metálica lateral.

—Entre ahí —prosiguió—. Es una cabina de seguridad. Permanecerá en ella hasta ser devuelto a la justicia. Referiré lo que hizo aquí, por si ello puede ayudarle en algo, aunque personalmente no pueda simpatizar con usted, recordando que entre sus víctimas estaba su propio hermano. Sin embargo, Sherkwood, le advierto que esa cabina puede ser desconectada en todas sus cerraduras desde el exterior, y que usted se verá imposibilitado de abrirla bajo medio alguno. Existe una especie de torno automático por el que le pasaremos sus alimentos y útiles. Todas sus necesidades pueden verificarse allí, ya que está adecuada para ello, ideada en principio para aislar a cualquier persona enferma de algo contagioso. Pero no saldrá- de ahí hasta que yo, personalmente, active' la cerradura

mediante un código cifrado, en el computador. ¿Prefiere entrar... o morir ahora, bajo un disparo de *mi* subordinado, CÜQt Sherkwood?

—Lo último es preferible —rió entre dientes el fugitivo. Pero alzó una mano, al ver la firme intención de Ireland de disparar—. Espere aún, verdugo. Dije eso, pero prefiero confiar en una posibilidad futura, pese a lo que diga su jefe. Además, *jo* me pregunto; si estaré cautivo en esa cabina hermética, y las manchas verdosas de su subordinado son, como sospecho, el principio de un extraño mal planetario quizá *contagioso*... ¿Cómo se las arreglarán entonces, comandante Jarvis?

Jarvis frunció el ceño. Su mirada, instintivamente, fue a Henkel, que intentaba en vano liberarse de aquellas correas, mientras sus manos se iban convirtiendo en dos costras verdosas, rígidas, como las manos de una estatua cubierta de viejo musgo.

—Dios mío, Dios mío... —sollozó Henkel, con mirada patética, alzando al aire sus manos petrificadas, cuando Lou Katz, sobrecogido, liberó a su compañero de aquellas correas—. ¡Mis dedos, mis manos todas... se hielan por momentos! ¡No puedo hacer nada, no puedo moverlas, no las siento! ¿Qué me está ocurriendo, señor?

—No lo sé —confeso roncamente Jarvis, eludiendo la mirada de su subordinado—. No lo *sé*... Doctora Marvin, por favor, ¿qué puede usted decirme de... de *eso?*

—Sé tanto como usted —la joven doctora se aproximó a Henkel, sin tocarle—. Vamos, hay que hacer algo, sea lo que sea... ¿Recuerda si expuso en algún momento su piel al contacto con el aire exterior en este planeta?

NO, no, nunca... —gimió Henkel, muy pálido—. Llevábamos la indumentaria hermética, en ningún instante me tocó el aire de ahí afuera.

—No lo entiendo, pero conviene aislarle de momento, analizar esa especie de escamas verdosas que cubren su piel... —sugirió Stella Marvin, preocupada.

Súbitamente, Henkel lanzó un alarido terrible, apartó de modo inesperado a la doctora Marvin de su camino, con un empellón, y cuando Katz trató de sujetarle, recibió éste un impacto terrible de sus manos repentinamente verdosas, en pleno rostro. Exhaló Katz un ronco grito de dolor, y se desplomó en redondo.

Henkel, sin que nadie pudiera evitarlo, tal como iba, sin escafandra espacial siquiera, abrió la puerta de la recámara de salida, y la cerró tras de *si* Sólo unos instantes después, aparecía en imagen, en la gran pantalla de televisión, corriendo hacia la espesura azul-verdosa, agitando sus manos musgosas y rígidas, como implorando algo a alguien que nadie podía ver.

Se perdió en la espesura, pese a que los gritos de Jarvis, a través de los comunicadores individuales, sonaban y sonaban

insistentemente:

—¡Vuelva, Henkel! ¡Vuelva! ¡No se deje vencer por el miedo! ¡Le prometo que haremos por usted lo posible y más! ¡La doctora le curará, estoy seguro!... ¡Vuelva! ¡Es una orden! ¡Regrese, o le declararé desertor!...

Henkel no escuchó más. Se hundió en la misteriosa jungla del Planeta X, sin volver una sola ver la vista atrás.

-—-Es como si se hubiera vuelto loco... —-jadeó Ireland, alarmado. Y clavó el cañón de su arma en el costado de Sherkwood cuando éste intentó moverse, avisándole duramente—: ¡Cuidado! No me obligue a matarle...

Sherkwood se inmovilizó, pero miró sonriente, irónico, a todos los que le rodeaban, cuyos rostros ensombrecidos se volvían aún hacia el televisor, donde ya no era visible la imagen de Wayne Henkel.

—Parece que perdieron a uno de los suyos... —comentó, zumbón —. ¿Se imaginan si ese mal es contagioso... y su virus anda suelto *dentro* de esta nave ahora mismo?

—¡Cállese ya! —rugió Ireland, al advertir un asomo de pánico en los rostros de Katz, Neal y el profesor Clifford—. ¡Vamos, entre en su celda! ¡Hágalo o disparo!

—Calma, Ireland, no se propase con él —avisó Jarvis, sereno—. Recuerde que cuatro de nosotros aún le debemos la vida, sea lo que sea lo que hizo en el pasado...

—Está bien, señor —tragó saliva Ireland—. Pero So de Henkel me ha trastornado...

—A todos nos ha trastornado, Ireland —dijo la doctora Marvin, inclinándose sobre el inconsciente Katz, con expresión preocupada—. Mire... Katz recibió un simple golpe de la mano de Henkel. ¿Se han dado cuenta? Tiene la mandíbula rota, hecha pedazos virtual- mente... como sí le hubiera golpeado un mazo de piedra...

La puerta magnética se cerró tras de un Clint Sherkwood que se limitó a reír entre dientes cuando la doctora hizo el comentario. Los demás, se miraron entre sí, sobrecogidos.

—Sea lo que sea lo que afectó a Henkel... —comenzó sombríamente el comandante Jarvis—, me preocupa. Me preocupa mucho... y me gustaría saber *qué* fue... antes de que sea demasiado tarde. No sólo para *él,* sino para nosotros.

—Supongo... supongo que no podemos hacer ya nada por Henkel... —gimió Tobee Neal.

—Se equivoca —habló Jarvis con energía—. Vamos a salir en su busca.

El sol azul se hundía por el horizonte, hacia el sur. Era el punto del ocaso del astro diurno del Planeta X.

En su lugar, por el lado opuesto, emergían ya las lunas. Eran tres. Tres lunas, subiendo hacia los cielos purpúreos, cargados de nubarrones espesos, que se rasgaban a veces para - permitir el paso de la luz lívida de aquellos tres astros nocturnos.

Jarvis las contempló en silencio, a través de los visores del vehículo espacial mientras se ultimaban los preparativos para la segunda salida a la superficie del misterioso mundo.

—No me gusta esto —manifestó secamente—. La noche cae demasiado pronto aquí. Y la noche puede ser hostil. De hecho, la noche siempre es hostil. Más aún, en un mundo que desconocemos, y del que, pese a su apariencia tranquila, hemos tenido hace poco una fea experiencia. Hubiera preferido hacer esta expedición a la luz del día de ese sol azul magallánico, pero ya que ello no es posible, puesto que no debemos abandonar a Henkel a su suerte por más tiempo, lo haremos ahora.

—Estamos dispuestos, señor —dijo Tobee Neal, que ahora formaba parte de la expedición de rescate—. Llevaremos luces especiales y armas más potentes que las simples pistolas desintegradoras. Espero que no se nos pongan las cosas más difíciles.

—Confiemos en ello —suspiró Jarvis. Se volvió a Stella Marvin—. No me gusta que venga usted de nuevo, doctora. Pero necesitaremos un especialista, caso de localizar a Henkel. Usted puede intentar saber lo que le ocurre. Es la persona adecuada. Por eso acepté su ofrecimiento.

—En resumen» casi van los mismos —se lamentó Sheena Logan —. Y me hubiera gustado contribuir a esta tarea. Además» si hay algo nocivo en la atmósfera de este planeta, cuanto más se sometan a sus riesgos, tanto mayor será la probabilidad de que puedan sufrir el mismo extraño mal que sufre ahora Henkel...

—Sabemos los riesgos que nos acechan —asintió Jarvis—. Pero la doctora nos es imprescindible, y por eso la admito en el nuevo grupo. En cuanto a mí..., debo asumir el mando de esta patrulla. Para algo soy el comandante. Ireland será de nuevo el jefe accidental de la nave. Obedézcanle todos como si fuera yo mismo.

—No se preocupe —asintió el profesor Clifford, que estaba programando una de las computadoras con los escasos datos ofrecidos por la doctora Marvin y por los hechos presenciados por ellos en la nave, cuando Hankel enfermó. Datos que, unidos a los relativos a nuestras atmosféricas y terrestres del Planeta X, pasarían a la máquina, a la espera de un resultado poco probable, dada la' escasez de información a suministrar a la computadora—. Katz, la señorita Logan y yo, seremos unos tripulantes sumamente disciplinados, no lo

dude.

—Lo sé —suspiró Jarvis, camino ya de la salida, mientras la claridad entre azul y purpúrea de la noche de las tres lunas, asomaba ya por los ventanales asomados al exterior, y también por la gran pantalla del televisor de a bordo—. En ustedes confío, por encima de todo. Y recuerden: bajo ningún pretexto liberen a ese hombre. Debemos la vida a Sherkwood un puñado de nosotros. Pero eso no obsta para que, si se liberase nuevamente, constituyera nuestro mayor peligro. Incluso significaría la posibilidad de morir asesinados por su propia mano... o víctimas de una muerta lenta, abandonados en este planeta. Su acción le honra. Lo digo sin rodeos, amigos míos. Pero eso no puede hacernos olvidar que es responsable de cinco asesinatos. Y que una de esas víctimas era su propio hermano. Y la otra, su mejor amigo.

—No lo he olvidado en ningún momento —aseguró con firmeza Ireland—. No se preocupe, señor. Mientras yo sea el responsable de la disciplina a bordo de la nave, ese hombre no saldrá de su prisión actual bajo pretexto alguno.

Asintió Jarvis. Seguido por Neal y la doctora Marvin, se introdujo en la recámara de acceso al exterior. La escotilla se ajustó, deslizándose silenciosamente. Hubo un mutismo general, mientras los indicadores señalaban la normalidad de la operación de descontaminación y salida al exterior. En esta ocasión, por indicación de Jarvis, no sólo llevaban su atavío espacial hermético, sino una envoltura especial de materia plástica sobre su piel, provista de poderosos antibióticos y antibacterianos. La cosa podía resultar, pero no había nada seguro. Si el mal del musgo misterioso que atacó a Henkel, era producto de una bacteria o virus de aquel planeta, podía ser detenido por el tejido antiséptico... o penetrarlo con suma facilidad. No era sino una precaución más, pero ahí terminaba todo. Lo demás, constituía una incógnita todavía.

—Que Dios les ayude, suspiró el profesor Clifford—. Creo que nos está haciendo a todos más falta que nunca...

Ireland no dijo nada. Contempló a los expedicionarios, y comprobó que las comunicaciones con ellos eran perfectas. Luego abrió el proyector de luz infrarroja, a petición de su superior. Una claridad invisible para el ojo humano desnudo, se desparramó sobre el misterioso paisaje, bajo las tres lunas magallánicas.

Jarvis, al ser informado de ello, dio instrucciones a sus dos compañeros. La doctora Marvin y el astronauta Tobee Neal, imitaron a su jefe, bajando sobre la escafandra una segunda hemisfera plástica de un color intensamente oscuro. En vez de quedar sumidos en la oscuridad, vieron nítidamente a la luz infrarroja, como si fuese pleno día.

—Sigamos —indicó el comandante—. El mismo camino de antes. No .se desvíen por ningún motivo. Es preferible que sigamos juntos, mientras no sepamos si abundan o no aquellas horribles orugas en este planeta.

El trío de exploradores continuó su marcha por el mismo sendero abierto antes. La claridad infrarroja que proyectaban a gran distancia los reflectores de la «Andrómeda I», eran ahora su mejor guía. Cualquiera, al verlos, hubiera pensado que se movían ciegamente, ya que la claridad de las lunas era insuficiente para penetrar en la espesura. Pero los astronautas se movían con esa seguridad que sólo de la visibilidad perfecta y el conocimiento previo del terreno.

Así, paulatinamente, fueron alejándose de la nave. De súbito, cuando ya la claridad de los proyectores infrarrojos cedía, y acababan de encender sus propias lámparas de duración limitada, para suplir la ausencia de luz infrarroja, la doctora Marvin señaló ante sí, con gesto de excitación.

—¡Ahí, comandante! —gritó—. ¡Mire ahí!

Jarvis clavó sus ojos en el punto que indicaba la mano enguantada de la doctora.

—Cielos... —jadeó, sobresaltado—. Es la nave... ¡Es el «Perseo III»!...

—Sí, pero ¿qué es *eso*? —saltó, a su vez, Tobee Neal.

Y señaló, a su vez, a un punto situado más cerca de ellos que la saliente punta metálica, cubierta ya de vegetación y óxido, de una vieja nave espacial de otras lejanas décadas en la conquista del espacio.

Ese punto, emplazado justamente entre los expedicionarios y la antigua nave, se alzaba, en un claro del boscaje, el más extraño y fantástico templo en ruinas, salpicado de estatuas y gárgolas pétreas, verdosas y siniestras a la claridad' fulgurante de las tres lunas de la noche.

—No sé lo que pueda ser —dijo roncamente Jarvis—. Pero tiene todas las trazas de ser un vestigio de una civilización que existe o ha existido alguna vez en este mundo... Vamos allá. Visitaremos esas ruinas. Y después iremos a la nave «Perseo III»...

* * *

Clint Sherkwood recogió del torno automático su plato de cena variada, a base de diversos platos hidratados, en concentración, cápsulas de vitaminas, jugos proteínicos y un vaso plástico de cerveza hidratada. Miró a través de un visor de materia cristalina, el rostro de Sheena Logan, su forzosa compañera de viaje en las actuales

circunstancias.

—Gracias —dijo—. Es muy amable. El servicio de alimentación a bordo, supera todas las previsiones. Todo este tiempo, oculto en el depósito energético, me conformé con tomar cápsulas de alimento súper concentrado e hidratos en tabletas. Esto es algo así como un manjar.

—Me alegra que le guste —dijo secamente Sheena—. Si quiere más cerveza, le puedo servir otra dosis, o bien de zumo de fruta, pero al irse a dormir, no antes.

—Muy amable. Preferiría café. Es una vieja costumbre que perdí en el asteroide maldito de los penados…

—Bien. Le daré café, si es su gusto.

—Espere, no se vaya, señorita —la rogó Sherkwood—. Es… es muy amable.

—Eso ya lo dijo antes. No soy amable. Me limito a servirle decentemente, como debe hacerse, cumplo órdenes, eso es todo.

—¿Sólo eso? ¿No hay un poco de sensibilidad, de humanidad propia, en sus actos?

—¿Debe haberla… con un hombre culpable de cinco asesinatos a sangre fría? —fue la réplica agresiva de la joven astronauta.

—Tal vez no —Sherkwood inclinó la cabeza y contempló, pensativo, su plato y sus cubiertos de plástico esterilizado—. Pero no puedo evitarlo. Me gusta sentir alguna ternura en los demás.

—¿La tuvo usted con su propio hermano?

Sherkwood la miró, con expresión dolorida. Pareció que iba a decir algo. Luego inclinó la cabeza. Se mantuvo en silencio unos momentos» jugueteando con la cucharilla plástica en el alimento recién hidratado.

—¿Conoce realmente la historia? —preguntó al fin.

—¿La suya? —ella meneó la cabeza lentamente—. No. Ni me interesa. Puedo pedirla al banco de memoria de la computadora, en su Sección de Información Periodística. Tenemos datos históricos a bordo, de sucesos, política y toda clase de información pasada y presente. No se moleste en relatarme sus atrocidades. No podría soportarlo.

—Lo comprendo —suspiró Sherkwood—. Es todo, señorita. Gracias una vez más. Y buenas noches. No olvide ese café, por favor…

—Yo nunca olvido nada — fue la seca respuesta, antes de que el visor del torno se cerrase.

Pensativa, Sheena caminó hacia los asientos de la camina de controles. El profesor Clifford terminaba su cena, Katz atendía los mandos y controles de contacto con los viajeros, y el jefe, Roger Ireland, tras haber cenado, leía un boletín informativo recién impreso por la computadora informativa, con noticias de la Tierra.

—¿Cómo va el preso? —quiso saber Ireland, levantando su cabeza de la lectura.

—Normal —dijo Sheena—, Quiere café antes de dormir, es todo.

—¿Se resigna a su encarcelamiento?

—No dijo nada sobre eso. Pero pide comprensión y ternura. Qué cosas, ¿eh?

—Sí, uno nunca acaba de entender al ser humano, ni siquiera lejos de la Tierra —bostezó Ireland, volviendo a sus noticias—. Seguimos sin llamadas del comandante v sus acompañantes. La última información fue sobre las ruinas de un extraño templo, que han descubierto cerca de la nave «Perseo III». Resolvieron ir a estudiar el lugar, pero está en una hondonada desde la que' la comunicación resulta dificultosa por causa de las interferencias magnéticas, y anunciaron que informarían de nuevo una vez terminada la exploración. De eso hace más de una hora. Esperemos que no tarden en informar. Estamos a la espera de ello, señorita Logan.

Ella asintió, distraída, sentándose ante la computadora informativa. Extrajo otro boletín de noticias. Aburrida por la información actual, que no aportaba nada nuevo, buscó en el teclado de archivo informativo, y comenzó a pulsar en él. Ireland, curiosamente, contempló lo que hacía, sin hacer comentarios. Luego se encogió de hombros, y siguió su lectura con aire aburrido.

Sheena estaba pensando en el hombre llamado Clint Sherkwood. No sabia por qué motivo, no podía sentir hacia él la profunda aversión que, lógicamente, se experimenta hacia un hombre capaz de cometer cinco asesinatos, uno de ellos el de su propio hermano. En realidad, deseaba aborrecerle, experimentar desprecio o asco hacia el polizón. Y no le era posible.

— Eso no tiene sentido —se dijo a sí misma—. No debo ser sentimental en este terreno. Sherkwood es un monstruo, un criminal, por mucho que decidiera cambiar de actitud cuando vio a Jarvis y a los demás en peligro. Un hombre como él, no se merece afecto ni simpatía alguna. Sería una locura dejarse vencer por sentimientos equivocados. No debo ni siquiera compadecerlo. El se lo buscó todo. El es responsable de su propio infortunio. Es más, ni siquiera parece realmente arrepentido por lo que hizo...

Se dio cuenta entonces de que, en realidad, poco era lo que sabía acerca de lo que hizo Sherkwood en el pasado. Y su repentino interés por el prisionero, la llevó a pulsar una serie de teclas con rapidez. En la computadora, quedó escrito el nombre de Clint Sherkwood. Luego presionó una barra roja.

Inmediatamente, zumbó la máquina, y comenzó a salir de una de sus ranuras una larga tira de papel, impresa por la computadora. Sheena lo fue retirando a medida que emergía, y comenzó la lectura

de los datos depositados en el banco de memoria del ingenio electrónico:

> «SHERKWOOD, Clint:
>
> Responsable oficial de cinco asesinatos, en el año 2115. Veinticuatro años de edad por esas fechas. Técnico en ingeniería industrial del Centro Experimental de New Center City. Comprometido con una joven especialista, Ada Ingram. Durante un servicio de guardia nocturno en el Centro, en la Zona Energética, exactamente, tuvo una fuerte disputa con un compañero, Zack Hilton, a quien precipité a una pila de energía desde la Galería Tres. Ese compañero, al parecer, le disputaba el cariño de Ada Ingram.
>
> Zack Hilton, que era suboficial de servicio en la citada Zona, había tenido ya frecuentes disputas con Sherkwood, y éste le había amenazado de muerte en dos ocasiones, ante testigos.
>
> Escapó entonces Sherkwood, quizá asustado por su terrible acción, ya que Hilton murió en el acto, al ser engullido por la pila energética, a altísima temperatura siempre, y con una radiactividad poderosísima. El hermano de Clint, Oskar, trató de alcanzar a su enloquecido hermano, y persuadirle para que se entregase. Pero Clint, ciego de ira y de terror, consiguió escapar. El cadáver de Oskar Sherkwood, víctima de un brutal golpe en el cráneo, producido por una barra metálica como la que llevaba Sherkwood para defenderse dé cuantos intentaban oponerse a su evasión, fue hallado por la guardia armada poco después.
>
> Sherkwood logró escapar en un vehículo aéreo, robado de la pista de servicios, pero fue atacado por dos aeronaves de la Policía de Seguridad. Se resistió, abatiendo a una de ellas, con tres agentes dentro, que perecieron en el acto, fulminado su vehículo por un potente disparo desintegrador. El otro vehículo, averiado, quedó atrás, logrando huir el criminal.
>
> Desgraciadamente para él, poco más tarde era su propio vehículo el que sufría una avería, y se desplomaba en un llano, quedando herido Sherkwood, que fue finalmente capturado y encarcelado.
>
> Su procesamiento, al coincidir con la abolición mundial de la pena de muerte, le trajo una condena de trabajos forzados a perpetuidad en un Asteroide-Prisión de la Confederación Espacial.»

El texto computado llegó a su fin. Había terminado la historia de Clint Sherkwood justamente en ese punto. Sheena se estremeció,

horrorizada. No lograba comprender que un hombre llevase su crisis de furia y violencia hasta el punto de asesinar a su propio hermano.

Sin embargo, así habían sido los hechos tal y como lo archivara la computadora de a bordo. No se podía dudar de su fidelidad al texto originalmente recogido de las crónicas de sucesos. Sheena se quedó pensativa, la mirada perdida en el vacío.

—Vaya… ¿Conque interesada en el caso Sherkwood?

Le sobresaltó la voz, junto a su hombro. Giró la cabeza, y lanzó un suspiro, esbozando a la vez una sonrisa tímida.

—Simple curiosidad femenina —confesó amargamente al segundo de a bordo, Roger Ireland, que era quien la había sorprendido en su distracción.

—Lo creo —sonrió Ireland. Puso una mano afectuosa en su hombro—. Procure que no pase de ahí. Los hombres como Sherkwood son muy peligrosos para una mujer joven, hermosa y confiada. Hay un dato que esa computadora no almacenó.

—¿Cuál es?

—La joven prometida de Sherkwood, se suicidó un día, tras todos esos horribles sucesos. Ada Ingram murió en plena juventud, moralmente destrozada por el horror que desencadenó su novio… —sacudió la cabeza y miró al profesor Clifford—. Voy a descansar un poco, profesor. Esté usted alerta a posibles comunicaciones de la patrulla del comandante Jarvis. Y lleve el mando mientras reposo.

—Sí, señor —asintió el científico, acercándose al puesto de mando.

Sheena, pensativa, siguió con la mirada a Ireland cuando éste desapareció hacia las cabinas de literas.

Luego, volvió a contemplar aouella larga tira de papel escrito. Tuvo un leve escalofrío.

Luego, movida por un repentino impulso de curiosidad, comenzó a programar la máquina, a base de los datos leídos en el texto, y los relativos a la actitud de Sherkwood cuando les tenía a todos dominados con su arma y atacó al monstruo, salvando las vidas de cuatro de ellos. Finalmente, pulsó una tecla, esperando la respuesta de la máquina. Esta funcionó con tenue zumbido, y parpadeo rápido de luces en sus paneles.

Finalmente, un papel brotó de la máquina, con una respuesta. Sheena había solicitado un frío veredicto mecánico sobre la personalidad del criminal.

Atónita, leyó las escasas palabras mayúsculas que anunciaban ese veredicto electrónico.

«POSIBLE INOCENTE»

Era todo.

En ese momento zumbó el comunicador. El profesor Clifford se precipitó a él, conectando el equipo de sonido con el exterior.

—«Andrómeda I» —habló, rápido—. Al habla el profesor Clifford. Informe.

—Aquí comandante Jarvis —sonó una voz alterada, que incluso arrancó a la perpleja Sheena Logan de su abstracción ante aquellas dos increíbles palabras de la computadora—. Es... es algo horrible, profesor...

El tono revelaba angustia. Clifford cambió una rápida mirada con Sheena y con el astronauta Katz, a quien hizo un gesto, para que fuese en busca de Ireland. Asintió aquél, desapareciendo con rapidez.

—¡Siga, comandante, por favor! —rogó el profesor—. ¿Qué es lo que sucede ahí? ¿Dónde están y qué sucede?

—Estamos... estamos en las ruinas de un viejo templo o un castillo... Es un lugar dantesco, profesor...

— El sonido era muy irregular y defectuoso, subiendo y bajando de tono, y perdiéndose a veces casi totalmente—. Hay... hay muchas radiaciones extrañas aquí... Algo horrible, siniestro, sucede alrededor nuestro...

Roger Ireland, muy alterado, emergió en la cámara, junto con Lou Katz. Se quedó mirando al profesor, mientras éste respondía, apremiante:

—¡Por el amor de Dios, comandante Jarvis! ¿A qué se refiere? —insistió el científico—. ¿Qué les ocurre a ustedes? ¿Podemos hacer algo?

—Nadie... Puede hacer nada... —jadeó la voz de Jarvis, diluyéndose por momentos en la distancia—. Este lugar... está lleno de estatuas... Estatuas de piedra y musgo que... que parecen tener una extraña vida... Nos rodean, profesor, pero es que una de estas estatuas... ES WAYNE HENKEL, nuestro astronauta... ¡Y sospechó que los demás *también* son astronautas *petrificados.* ¡Dios santo, profesor!...

—¿Qué... qué sucede ahora? —una mirada de horror de Clifford, heló la sangre en las venas a los presentes, que se temían algo realmente espantoso.

—Profesor, todos... TODOS NOSOTROS... tenemos ya... *las manchas*... las manchas verdosas... en nuestras manos… y van progresando por momentos. Sentimos frío e inmovilidad en ellas. Me temo… me temo que pronto seremos... *estatuas* como los demás...

—¡No, comandante! —rugió Ireland, precipitándose hacia el comunicador—. ¡Iremos a rescatarles! ¡No sucederá nada!...

—Le... le prohíbo que salga de esa nave... Le prohíbo terminantemente que venga nadie aquí... Es una orden, ¿entiende, Ireland?

—Sí... sí, señor. Pero tenemos que hacer algo...

—Es una orden —insistió la voz de Jarvis, cada vez más lejana y apagada—, obedézcala y…

Definitivamente, el sonido se extinguió, suplido por una serie de zumbidos raros. Ireland probó desesperadamente a reanudar el contacto, sin resultado. Cerró el interruptor con ira.

—Radiaciones —jadeó—. Radiaciones desconocidas impiden el contacto… ¿Qué es lo que está sucediendo aquí, Dios mío?

Ni Sheena, ni el profesor, ni el astronauta Lou Katz, supieron qué responderle. Estaban tan aterrados como él mismo.

De los dedos de Sheena, cayó al suelo el papel de la computadora, con sus dos enigmáticas e inexplicables palabras: «*Posible inocente.*»

6

—*¿Qué* va a suceder ahora?

—No lo sé, comandante. Sé tanto sobre este mal como usted mismo —los ojos de la doctora Marvin se clavaron, angustiosos, en su jefe—. Pero ya hemos visto… a Henkel. Tal vez ese sea el fin. El fin de todos…

Jarvis asintió. Sus ojos se clavaron en aquella extraña estatua de color verduzco que tenían ante sí. El rostro de Henkel, su indumentaria, su figura, sus manos, formaban una escultura fría y rígida, totalmente inmóvil bajo las lunas del Planeta X. Pero sus facciones, su traje espacial, absolutamente todo era fácil de identificar. No se trataba de una reproducción. Era, simplemente, *él mismo.*

Convertido en piedra. Cubierto de algo que parecía una espesa capa de musgo. Formando parte de una extraña serie de gárgolas y estatuas que proyectaban su sombra en la lividez del suelo de aquellas ruinas, de aquellos muros y atrios de algún misterioso templo de una vieja civilización acaso extinguida ya.

Alrededor de ellos, todo parecía en calma, sereno y apacible. Como una hermosa noche alumbrada por tres lunas, idílica y romántica.

Pero todo eso era engañoso. Tan engañoso como la ausencia de sonidos, de presencias vivientes, de algo que significara un peligro real y tangible. El peligro existía. Sólo que ninguno de ellos sabía dónde estaba, cuál era su naturaleza.

Jarvis se contempló, sombrío, su mano derecha salpicada de manchas verduzcas, y la izquierda, casi totalmente cubierta ya por la costra de musgo» bajo el plástico hermético de sus guantes transparentes.

El mismo horrible fenómeno aparecía, en todas las manos de los exploradores. Era un mal sutil, silencioso e implacable, que lograba taladrar los más herméticos trajes, y extenderse inapelablemente…

hasta hacer de ellos simples estatuas.

—La falta de sensibilidad en los tejidos aumenta por momentos —dijo Jarvis, tratando en vano de mover sus dedos de la mano izquierda, ya totalmente verdes y rígidos—. Es una parálisis progresiva, allí donde se amplían las manchas. Noto frío en la piel, en las venas, en tos huesos...

—Yo también —tartamudeó el astronauta Tobee Neal—. ¿Qué podemos hacer?

—Nada —dijo la doctora fríamente—. Ya lo ve. Absolutamente nada.

Se arrancó bruscamente uno de sus guantes, ante la extrañeza de Jarvis. Luego, la doctora aplicó sobre la epidermis teñida del verde musgoso, la extremidad de su aparato portátil de análisis. Esperó los resultados, mientras una serie de agujas funcionaban en los cuadros. Una tarjeta plastificada asomó por una ranura del ingenio. Ella la extrajo, con gesto sombrío. La leyó. Luego, se la tendió a Jarvis.

—Vea, señor —dijo—. Es el diagnóstico de la máquina sobre nuestro mal. Me lo temía...

El comandante echó una ojeada a las breves palabras escritas por la diminuta computadora de análisis bioquímico inmediato. Se estremeció.

Él texto era tan breve como expresivo:

> «Enfermedad desconocida de origen radiactivo. Esporas desconocidas en Tierra. Se propagan vertiginosamente, endureciendo piel y tejidos hasta petrificarlos. Superficie de esporas húmeda y musgosa. Poseen vida propia. Son unicelulares. Invisibles en el aire. Pueden penetrar cualquier tejido o metal. Actúan en pocos minutos, al ritmo que se reproducen y extienden. Sin medio conocido de combatirlas»

—Cielos... —gimió Neal, que también lo leía—. ¡Estamos condenados a convertirnos en simple piedra, señor!

—Es lo que imaginaba —asintió Jaryis, tremendamente sereno, muy pálido—. Sin embargo, eso, con ser malo, no es lo peor.

—¿Puede haber algo peor? —dudó la doctora, mirándole.

—Lo hay —asintió Jarvis—. ¿Ha leído cuidadosamente ese informe de su máquina analizadora? Las esporas pueden penetrar tejidos Y METAL. Eso quiere decir.... ¡que nuestros compañeros de la nave no están a salvo, ni mucho menos! Las esporas irán también allí, estoy seguro. Y antes de que se den cuenta... tendrán sobre su piel estas malditas manchas de muerte...

Un silencio patético reinó bajo las lunas del Planeta X. El viejo templo ruinoso era corno una siniestra cripta para ellos. Un lugar

donde esperarían una muerte inexorable, para pasar a íormar parte de aquella galería de monstruosas estatuas que un día fueron seres vivos...

—¿Lo entienden ahora? —jadeó el comandante Jarvis, paseando por entre las estatuas—. Es un cementerio. El más horrible cementerio imaginable. Cadáveres y mausoleos a la vez. Ahí están Beswick y Novak, ahí está Wayne Henkel... y ahí están, ante nosotros, todos los demás. Astronautas humanoides de otros mundos. Gente que llegó aquí antes que nosotros... y que ahora son sólo *eso.*

—Pero... pero las máquinas detectaron vida en esas estatuas... —gimió Tobee Neal, angustiado.

—Sí, Neal. La vida de las esporas que forman la capa o costra de cada uno de esos infortunados. Ellos mueren. mientras ella sobreviven ahí, esperando el momento de flotar, de dispersarse, para atacar nuevas víctimas y apoderarse de ellas... como nos ha sucedido a nosotros ahora, como ies sucederá a todos los demás cama- radas encerrados ahora en el «Andrómeda I», convencidos de una seguridad que no existe...

El horror de esa convicción les mantenía. a todos anonadados. Tobee Neal trató en vano de comunicarse. Los ruidos de los interfonos eran insoportables. Los cerró, exasperado.

—Y ni siquiera podemos advertirles... ¡decirles que huyan de aquí, dejándonos a *nosotros* entregados a nuestra suerte, pero liberándose ellos! —clamó el astronauta, furioso,

—Cierto, amigo mío —dijo Jarvis sombríamente. Esta zona es altamente radiactiva, porque las malditas esporas verdes lo son. Esas radiaciones interfieren toda clase de comunicaciones. No podemos hacer nada por ellos, desgraciadamente. Ni por nosotros tampoco...

—¡Tiene que haber un medio, sea cual sea! —estalló la doctora Marvin, rebelándose contra lo irremediable. —¿Usted cree? —sonrió amargamente Jarvis—. ¿Cuál? Ella apretó los labios, sin responder. Su propia impotencia la tenía enfurecida.

—Y pensar que vine con ustedes para velar por su salud en todo momento... —fue -su amarga ironía en ese *momento:*

—Serénese, doctora —suspiró Jarvis—. No tiene usted la culpa. Hay cosas ante las que sus conocimientos o los de cualquier otro médico, se estrellarían de modo irremisible. Este es un mal desconocido. Podría llevar siglos hallar un antídoto. Y no disponemos de tanto tiempo, doctora... ni mucho menos.

Y mostró elocuentemente su mano izquierda. La amplia mancha del musgo siniestro, alcanzaba ya a su muñeca. Toda la mano era en estos momentos un pétreo guante verduzco, como la mano de una antiquísima estatua cubierta por la humedad y la pátina del tiempo.

Los ojos de Jarvis, al alzarse, tras aquella muestra pesimista de su

actual estado, que obligó a la doctora y a Neal a examinar sus propias manos y captar también el avance inexorable del mal verde, se toparon inesperadamente con el rostro de una de las estatuas, como una faz humana modelada en vieja piedra.

Lanzó una imprecación de asombro y horror, y alzó su brazo, señalando a las estatuas circundantes.

—¡Eh, mirad eso! rugió el comandante—. ¡Las estatuas... SE MUEVEN! ¡Y sus ojos... sus ojos brillan... *llenos de vida!*

* * *

—«Posible inocente»... ¿Qué significa esto, señorita Logan?

—Un juego. Un simple juego, señor.

—Ya... —Ireland se frotó el mentón, pensativo, estudiando con aire preocupado a su bella subordinada—. Sigue interesada en ese hombre, a lo que veo.

—Sólo quería comprobar algo...

—¿Y qué ha comprobado?

—Que podría ser... inocente.

—¿Se ha vuelto loca?

—Yo, no. En todo caso, la computadora. La respuesta es suya.

—Señorita Logan, él mismo ha confesado siempre ser culpable, recuérdelo.

—Eso es cierto. Si no lo admitió implícitamente, tampoco negó ser culpable en ningún momento —tuvo que admitir Sheena—. No olvidaré dar ese dato a la computadora.

—Entonces, como usted dice... —puso su mano sobre el ingenio electrónico— la máquina se ha vuelto loca. Ese hombre no puede ser inocente. Durante el proceso permaneció callado, mirando con frío cinismo al tribunal. Ni una sola vez se dignó despegar los labios. Aceptó todo con aire despectivo. Ahora mismo, ya ha visto cómo se comporta.

—Salvó cuatro vidas humanas, señor.

—Lo sé, lo sé. Debió tener un rasgo de humanidad, de solidaridad con sus semejantes, ante el peligro común. Eso fue todo. Tal vez los años de prisión han mejorado algo su condición, pero yo sigo sin fiarme en absoluto de él. Y usted hará muy bien en hacer lo mismo y no confiar en diagnósticos demenciales, señorita Logan.

—Sí, señor —suspiró Sheena, bajando los ojos.

—Ahora, dejemos ese asunto —el comandante accidental acababa de grabar en el banco de memoria de la computadora todo lo relativo al desesperado mensaje de Jarvis, v contempló al profesor Clifford y a Lou Katz, ya ataviados con sus trajes espaciales. Ambos llevaban un

segundo traje de seguridad y unos guantes especiales, de un tejido más resistente que el amianto. Por encima de ésta, el profesor aplicó, tanto a sí mismo como a Katz, una sustancia esterilizante poderosa.

—Estamos a punto, señor —dijo Clifford con energía—. No creo que de esta forma nos ataque ese mal, pero si así ocurre… que Dios nos asista. Tenemos que ir en ayuda de nuestros camaradas, usted lo sabe.

—Claro. Por eso acepté su ofrecimiento —suspiró Ireland, ceñudo —. Voy a hacer algo más que permanecer pasivo. Para evitar que esa radiación impida comunicarnos, elevaré la nave «Andrómeda I», en vuelo lento, de observación, y la fijaré inmóvil sobre ese punto, proyectando a la zona la luz infrarroja y, a ser posible, una capa protectora magnética.

—Es una maniobra difícil, dado el volumen y dimensiones de esta nave, señor —advirtió Katz, pensativo.

—Soy un buen astronauta, Katz —sonrió Ireland—. Lo haré, no lo dude. La nave es capaz de ello. Y yo también.

—Como quiera —suspiró Clifford—. De todos modos, presiento que tenemos que actuar a la desesperada… o todos estaremos perdidos en breve plazo de tiempo. Vamos allá, Katz.

—Suerte, profesor —le deseó Ireland—. Que Dios vaya con ustedes.

—Nos va a hacer falta —asintió gravemente Katz, abriendo la marcha hacia la recámara de salida.

Se quedaron solos a bordo Roger Ireland y Sheena Logan. Se miraron ambos, con gesto ensombrecido, cuando la gran pantalla de televisión les mostró a la pareja de voluntarios alejándose a buen paso hacia la jungla misteriosa.

—En marcha nosotros también —musitó Ireland, pulsando los controles—. Trataremos de cubrir a nuestra gente y, a ser posible, rescatarles.

—¿E introducir aquí a los que sufren ya ese mal misterioso?

—Me temo que será un riesgo muy grave, pero no podemos dejarles morir ahí, sin echarles una mano. Por otro lado… tal vez sea tarde para salvar al comandante y a sus idus compañeros… Lo que hemos de Intentar, es salvar el mayor número posible de vidas.

Sheena asintió, contemplando las tres lunas del Planeta X. Los dos voluntarios ya habían desaparecido en la jungla. Lenta, muy lentamente, la nave se elevó sobre el suelo de aquel mundo. Empezó a tomar altura, pero se estabilizó horizontalmente a determinada distancia de la superficie, y planeó ya muy lentamente, desplazándose hacia aquella selva, dominando un amplio espacio de terreno desde su actual altura.

La luz infrarroja invadía la selva toda, para que los exploradores

viesen nítidamente, gracias a sus gafas especiales. Ireland dispuso los mecanismos para intentar proteger a los de abajo con una campana magnética proyectada desde arriba.

—Es curioso, pero este planeta emite ruidos -—dijo de pronto Sheena.

—¿Ruidos? —se volvió Ireland, sorprendido, mirando a la joven —. ¿Qué quiere decir?

—Mire el detector electrónico —señaló a unas esferas graduadas y una pantalla de televisión donde discurrían rápidamente cifras y datos—. Señala algo más que radiaciones en la superficie. Marca una especie de vibración en el subsuelo. Como si todo este planeta estuviese temblando en un perpetuo e inapreciable movimiento sísmico.

—Tal vez sea así —asintió Ireland, ceñudo, tras comprobar el dato registrado por Sheena—. En resumen, estamos en un mundo vivo, con actividad volcánica tal vez... Yo me pregunto: ¿vivirá aquí alguien o algo más que ese virus o bacteria verdosa, y que esa monstruosa oruga que atacó al comandante y a los demás?

—No lo sé —Sheena se estremeció, contemplando el suelo de aquel mundo enigmático y terrible, desde la gran pantalla del visor de a bordo—, Pero algo me dice que sí, que una forma de vida insospechada nos vigila, nos acecha desde alguna parte de este planeta...

—Puede ser una simple corazonada, señorita Logan —admitió Ireland, preocupado—. Pero lo cierto es que yo también he notado esa rara sensación otras veces...

La nave seguía su majestuoso vuelo silencioso, planeando, casi inmóvil en el cielo, como un viejo helicóptero, al igual que una gran nodriza intentando proteger a sus pequeñuelos, perdidos en la siniestra jungla.



Era cierto.

Los tres astronautas contemplaron, llenos de horror creciente, el fenómeno inaudito, el nuevo y pavoroso hecho que tenía lugar ante sus propios ojos,

Aquellas estatuas, en súbito e inexplicable movimiento. Convertidas en formas pétreas dotadas de inesperada vida, de una malignidad que parecía irradiar su súbito aliento vital.

Las estatuas se estaban moviendo, sí. Lenta, pesadamente, como si fuesen verdaderas moles de piedra accionadas por el influjo de una maldición, por el poder maléfico de un insólito genio espacial...

—¿Cómo... cómo puede ser posible, señor? —jadeó Tobee Neal—. ¡La piedra no puede moverse, no tiene vida propia...! Y ellos... ellos son solamente estatuas...

—Neal* sospecho algo espantoso... —sonó la voz trémula de la doctora Marvin que, de modo instintivo, había buscado la protección del comandante Jarvis, como si en vez de la experta y audaz científico enviada a las estrellas fuese sólo, a la fin y a la postre, una simple mujer, asustada y necesitada de protección.

—¿Qué sospecha, doctora? —indagó el astronauta, mientras las formas verdosas, pétreas, las gárgolas humanas de aquel recinto fantástico, seguían moviéndose, desplazándose con una lentitud agobiante, llenos de vida, de una vida singularmente malévola, en medio de las sombras de la noche con tres lunas.

—Ellos siguen siendo humanos bajo la envoltura de piedra verdosa que forma esa enfermedad... Quizá las propias esporas... activan su organismo, mueven sus cuerpos, sin voluntad real por parte de ellos...

—Pero eso sería horrible, doctora Marvin —protestó Jarvis, angustiado—. Convertiría a esos seres, a nuestros propios amigos... en monstruos.

—Monstruos, sí —afirmó ella—, Eso creo que son ahora. Monstruoso vivientes, piedra accionada por la vida de unas formas de existencia insospechadas. Esas esporas, comandante... me temo que son algo más de lo que parecen. Se adueñan de nosotros. Nos reducen a una inmovilidad, a una falsa muerte, convertidos en piedra aparente. Lo cierto es que, dentro de esa costra horrible... sigue habiendo vida. Pero ahora es ya una vida que no les pertenece a ellos...

—Como marionetas... en poder de las esporas verdes —silabeó Neal, sintiendo erizarse sus cabellos, bajo la escafandra plástica—. ¡Eso es lo que usted está sugiriendo, doctora !

—Poco más o menos... eso es lo que sospecho —asintió sombríamente ella.

Y sus ojos siguieron fijos en las formas vivientes que salían de su inmovilidad para cobrar un hálito vital que estaba más allá de la comprensión humana y de todos sus conocimientos.

El comandante Jarvis alzó su arma electrónica, para estudiar receloso la acción lenta, inmutable, de los seres que poco antes eran sólo como monumentos levantados por algún ignorado artista cósmico a la memoria de los astronautas terrestres... y de algunos otros que, aunque humanoides en su apariencia, era obvio que *no* pertenecían al planeta Tierra.

—Wayne Henkel es uno de ellos —jadeó—. Y, sin embargo, no sé por qué, presiento que ni siquiera *él* es un amigo ahora... Hay algo siniestro, algo maligno en ellos... ¿Por qué han empezado a moverse?

¿Por qué, doctora?

—No sé... —musitó Stella, mirando en torno, vacilante. Sus ojos tropezaron con los tres cuerpos celestes, brillando pálidamente allá en el cielo púrpura, , sobre sus cabezas, y tuvo un estremecimiento.

Se miró su mano, ya muy cubierta por la peste verdosa. —Tal vez... tal vez esa luz... las lunas, la noche...

—¿Qué quiere decir?

—Comandante, muchas veces nos hemos burlado, allá en la Tierra, del influjo de la noche y de la Luna sobre personas extremadamente sensibles. Sabemos, sin embargo, que pese a todos los escepticismos, la luz altera el funcionamiento nervioso, puede influir en la mente de las personas... ¿Quién nos dice que ésa claridad de las tres lunas del Planeta X no ejercen sobre los afectados por el Mal, o sobre las propias esporas, una acción nociva, dañina, que las impulsa a hacer algo determinado... como echar a andar a los afectados?

—Tal vez... —Jarvis miró a las figuras en movimiento. De pronto, observó algo que antes no hábía estado totalmente claro todavía. Señaló hacia aquellas estatuas vivientes, cuyo lívido color verduzco tenía un matiz repulsivo a la claridad nocturna—. Mire, doctora;.. Creo... creo que ellos... vienen ahora *hacia nosotros*...

Era cierto. Venían hacia ellos. Habían enmendado su ruta. Implacables, lentos, pesados y macizos como enormes moles capaces de triturarles, los humanoides-estatúa estaban dirigiendo su paso hacia ellos. Avanzando, avanzando siempre, aunque a un ritmo lento, muy lento, como sin prisas.

Igual que si tuvieran todo el tiempo del mundo para alcanzarles. Todo el tiempo de los mundos, para ser más exactos.

Y una vez los alcanzasen, cuando ello sucediera... ¿qué más iba a ocurrir?

Jarvis no quería pensar en ello. Pero contempló, como fascinado, aquella escena delirante. Junto a él, la doctora Stella Marvin manifestó roncamente:

—No sólo vienen hacia nosotros, comandante. Veo algo en sus ojos. Algo que no me gusta... Algo que significa *odio*... y muerte...

El comandante Jarvis asintió sin despegar los labios. El también creía haber advertido eso. Las palabras tensas de Stella Marvin no hacían sino confirmar sus temores.

Del mismo modo que estaba seguro de haber notado bajo sus pies, por debajo de la superficie del Misterioso planeta, una especie de vibración, de actividad subterránea que tal vez significase algo, pero que él no lograba entender.

—Vamos —ordenó secamente—. Retrocedamos. Alejémonos de ellos. A su ritmo actual, tardarán siglos en darnos alcance...

—Eso, suponiendo que podamos ir lejos en esta jungla, señor —

señaló Tobee Neal, con tono amargo —Lo bastante lejos, cuando menos... para huir a su extraña amenaza...

7

Levantó los ojos del tablero electrónico en el que estaba jugando una partida de ajedrez con un ficticio enemigo igualmente imaginado por la electrónica. La distracción que animaba su ocio, dejó de interesarle aparentemente.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó, algo seco.

—Quise visitarle un momento, saber si todo está bien aquí...

—Todo lo bien que puedo estar, dadas las circunstancias —sonrió él, ceñudo—. ¿Por qué le preocupa eso? Sólo soy un prisionero, un criminal capturado de nuevo, que debe volver al Asteroide-Prisión para pagar sus culpas, ¿no es eso?

—Habla usted siempre con mucho cinismo.

—La vida me enseñó a ser cínico.

—Parece como si se complaciese en su propia desgracia, en sus delitos, en todo lo malo que hay en usted...

—Quizá sea así. Hay animales a quienes les gusta revolcarse en el fango. Yo puedo ser uno de ellos, señorita Logan. Sea como sea, no creo que valga la pena que se ocupe demasiado de un criminal. ¿No la han aconsejado ya sus camaradas en ese sentido, previniéndola respecto a mí?

Sheena Logan no dijo nada.. Seguía mirando al cautivo con gesto reflexivo. De repente, le lanzó unas palabras que tuvieron el efecto de un latigazo:

—¿Es usted inocente, Sherkwood?

—¿Eh? — él enarcó las cejas. La miró, asombrado.

Parpadeé—. ¿Inocente,'ha dicho? Eso no tiene sentido. ¿De dónde sacó semejante idea?

—Le hice una pregunta. ¿Mató realmente a su .hermano y a los demás?

—Ya sabe cómo fue el juicio. Y su veredicto final. Eso no hay quien lo mueva.

—No es responder a mi pregunta. Yo creo que podría no ser culpable.

—Entonces, está loca. Todo el mundo le diría eso —rió Sherkwood. Pero sus ojos no reían al mirarla. Váyase. Quiero terminar la partida. Este maldito cerebro electrónico me está ganando. Si no le doy jaque antes de tres jugadas, él me dará mate a mí.

Sheena regresó hacia la entrada a la cabina del preso. De repente, se volvió. Echó algo en manos de Sherkwood. Era una pistola electrónica de pequeño tamaño, pero capaz de pulverizar a cualquiera.

El preso la contempló, estupefacto. La empuñó, comprobando que funcionaba y estaba cargada. Miró con perplejidad a la joven.

—¿Por qué hace esto? —masculló—, Puede ser un error muy grave. Está armando a un criminal dispuesto a todo...

—Estoy armando a un hombre que puede ser inocente. Merece una oportunidad.

—¿Y si no fuese inocente? Esa oportunidad la utilizaría... en matarles a todos ustedes y huir de aquí. ¿Lo ha pensado bien?

—Sí. Lo he pensado bien —asintió ella, grave el gesto—. Estamos sobrevolando ese bosque ahora. Temo mucho que no sea tan fácil escapar tíe aquí, ni aun deshaciéndose de todos nosotros. Estè planeta tiene algo maligno, no sé lo que ello sea... Ahora mismo, el comandante y los demás se están enfrentando a otro peligro increíble.

—¿Qué peligro?

Ella.le refirió cuanto sabía. El prisionero se miró sus manos, pensativo. No había en ella manchas verdosas. Se encogió de hombros.

—Puedo intentarlo ahora —dijo—. Claro que podría escapar. Tome, jovencita. No vale la pena intentar nada. Dejemos que se cumpla el destino.

Y le devolvió inesperadamente el arma, con gesto grave.

Sheena le miró, desorientada. Sus ojos brillaban excitados.

—Renuncia... ¡Renuncia a tener un arma, a intentar evadirse! —musitó.

—Eso es. Renuncio —bostezó, volviendo al luminoso tablero de ajedrez electrónico que sostenía en sus manos—. Puede volver al cuarto de controles. Hará más falta que aquí, esté segura.

—Ahora lo sé —dijo ella con énfasis—. |Es usted inocente, Sherkwood! ¡No mató a su hermano ni a ninguno de los otros! ¡La computadora no se equivocó! —¿La... computadora? —enarcó él las cejas al mirarla.

—Eso es. Programé su caso. Dictaminó su inocencia. Estaba segura de ella, pese a lo que dijo el señor Ireland...

—¿Ireland supo que usted hacía ese experimento con la maquina?

—Claro. Estaba delante. Vio la ficha de la respuesta... Oh, Sherkwood, ¿por qué nos está engañando a todos, recreándose en su falsa presuntuosidad de criminal nato, envaneciéndose de ser un miserable... cuando en realidad usted es inocente? ¿Por qué?

—¿No lo sospecha, usted que es tan inteligente, señorita Logan? —sonrió enigmáticamente el prisionero.

—¿Sospechar? ¿El qué? No sé a lo que se refiere...

—Compréndalo. Ahora que he encontrado al verdadero asesino de mi hermano, de todos los demás, al que me encerró en aquel asteroide maldito, al que provocó el suicidio de la pobre Ada... ¿cómo voy a estropear la posibilidad de llevarle hasta un límite en el que se

vea obligado a confesar su propio delito... o que intente matarme a mi, para librarse de todo riesgo?

—¿Quiere decir... que sabe quién cometió esos horrores?

—Claro. Lo supe siempre. Sólo necesitaba dar con él.

—¿Y... dio con él?

—Di con él, si

—Cielos... ¿Dónde?

—Aquí... en esta nave —fue la insólita respuesta de Clint Sherkwood»

—¡No, no es posible! —gimió Sheena, retrocediendo unos pasos.

—Vaya, ¿se decidió a hablar claro, acusándome, Sherkwood? —sonó la fría voz a espaldas de la joven—, ¿Quién espera que crea tal cosa de mí?

Horrorizada, Sheena Logan se volvió, mirando al que hablaba con gesto de infinito asombro.

—¡Usted! .—gritó—. ¡Roger Ireland!

—Sí —afirmó despacio el segundo de a bordo, apuntando a ambos con un arma dispuesta a vomitar una carga electrónica mortífera—. Yo maté a Zack Hilton, a Oskar Sherkwood, y Juego a los patrulleros, culpando de todo ello a Sherkwood. Entonces éramos compañeros en la misma sección del Centro Experimental... Y lo hice todo por Ada Ingram. —Por ella, que me había vuelto loco y no me correspondía... ¡Los maté a todos, sí... y luego la perdí a ella! No sirvió de nada… pero ya no podía volverme atrás. Sherkwood pagaría por mí... y así tendrá que ser. Nadie va a terminar ahora conmigo.

—Pero ahora... yo li sé también, Ireland —le advirtió ella, agresiva.

—Exacto —sonrió fría, tristemente, Roger Ireland—. Lo sé, Sheena, lo sé... Por ello he tenido que llegar a la lamentable conclusión de que sólo puedo seguir viviendo en la impunidad si él muere ahora... y usted también, querida...

—¡Ireland! ¡No será capaz... ! —gimió Sheena, palideciendo con horror.

El brazo atlético del recluso le rodeó el hombro con un aire protector que, por desgracia, no podía ir más allá, ante el arma mortífera de Ireland. La voz de Sherkwood sonó amarga junto a su oído, aunque también con una nota de tensa, contenida furia:

—No lo dude, señorita Logan. El va a matarnos a los dos... para librarse de todo nesgo. Es capaz de eso y de mucho más...

En aquel momento, Sheena, al alzar sus manos con un instintivo gesto de pavor ante el arana del asesino, descubrió la otra espantosa verdad.

Y tal vez en el fondo de su ser, lamentó un poco menos la inexorable muerte a que estaba condenada, junto con Sherkwood.

—¡Miren! —gimió—, ¡Mis manos...! ¡Sus manos también, Ireland...!

Este no tuvo que soltar el arma, para comprobar que tanto sus manos como las de la joven aparecían cubiertas de las costras verduzcas que señalaban el nacimiento incipiente pero inexorable del musgo pedregoso, capaz de convertirles en estatuas de aquel mundo de pesadilla...

* * *

La nave había emergido, esplendorosa, como una centella de plata, flotando sobre sus cabezas mansamente.

—Mire, comandante... —señaló la doctora Marvin—, Parece que extienden sobre nosotros una campana magnética protectora...

Jarvis asintió al descubrir el resplandor tenue de las radiaciones magnéticas bajo la luz lívida de las tres lunas del Planeta X. Movió la cabeza, escéptico, sin dejar de caminar a buen paso, distanciando cada vez más a las espantables figuras de piedra musgosa que, implacables, lentas pero infatigables, seguían en pos de ellos.

—No sé... —murmuró—. No estoy seguro de que esas radiaciones puedan evitar lo peor. Quizá esas esporas y su fuerza sean superiores a todo campo magnético interpuesto ante ellas. Ireland tuvo una buena idea, pero dudo que resulte...

—De todos modos, estamos alejados a esos monstruos verdes, señor —apuntó Tobee Neal con un vago vestigio de esperanza—. Tal vez logremos algo...

—¿Usted cree? —dudó con voz sorda Jarvis, arrugando su ceño. Dentro de la esfera de vidrio plastificado su rostro mostraba un aire sombrío y contrariado—. Me temo que, en cualquier momento, ese resquicio de luz se nos desvanecerá... y veremos todo mucho más lúgubremente por desgracia para nosotros.

—Pero... pero ellos no pueden alcanzarnos, señor —casi tartamudeó Neal, sobrecogido—. Su ritmo de marcha es lentísimo, son auténticos bloques de piedra viva, moviéndose como paquidermos...

—Dios quiera que eso siga así —suspiró el comandante de la misión espacial—. Dios lo quiera, Neal, pero algo me dice que no será así...

Pese a los temores indefinibles del comandante Jarvis, por supuesto que la carrera seguía presurosa, abriéndose paso en la espesura como les era buenamente posible, en un intento por huir de aquel nuevo horror con que se enfrentaban. Arriba, por encima de ellos, la nave suspendida en el cielo parecía ser una nueva garantía de

éxito, una cercana esperanza de salvación definitiva.

Y sin embargo...

Sin embargo, parecía ser que el comandante Jarvis era quien, en definitiva, tenía razón al albergar temores. Porque súbitamente, las cosas mostraron un lado menos optimista para los astronautas

Fue cuando iban a penetrar en una nueva zona frondosa de la jungla cuando se materializó ante ellos el nuevo peligro, surgiendo totalmente inesperado, como vomitado por la noche siniestra de aquel planeta.

La primera persona en advertirlo fue la doctora Marvin, pero la voz de alerta surgió de la garganta de Stuart Jarvis, que contempló aterrado aquella nueva pesadilla imprevisible, pero que él, en su interior, había ya intuido de un modo puramente instintivo, presintiendo su proximidad.

Ese «algo» estremecedor era, una forma verde, monstruosa, sin parecido alguno con ninguna forma animal, humana o vegetal del planeta Tierra o de alguno de los mundos hasta entonces colonizados por el Hombre, en su paulatina conquista del Universo.

Sencillamente, se trataba de una gigantesca esfera pilosa, como una bola viscosa, blanda y móvil, que iba rodando sobre sí misma, y que había emergido ante ellos, cerrándoles el paso con una apariencia amenazadora, aunque careciese de brazos, tentáculos o rostro.

Era simplemente lo que parecía ser: una bola fofa, de un verde repulsivo, palpitante su masa recubierta de una especie de vello igualmente verdoso.

—-¡Atrás! —gritó Jarvis, con voz potente, apenas vio surgir de entre la espesura aquella forma insólita. ¡Esa «cosa...! ¡Tiene que ser algo hostil, quizá mortífero... !

Tobee Neal tuvo un rasgo de valor, pese a la advertencia tensa de su superior, y se adelantó unos pasos, apuntando con su arma a la materia redonda, sobre la que hizo impacto con un disparo de energía disolvente.

Algo siniestro ocurrió en la «cosa». Se encogió sobre sí misma, como si se arrugase o se desinflara, y una especie de sibilante gruñido que erizaba los cabellos, brotó de su interior.

La herida de la descarga mostró simplemente un boquete por el que resbaló una pulpa pegajosa, algo así como una densa leche verdosa, semejante al líquido del caucho, al tiempo que un repetido bramido surgía del interior de la criatura, puesto que en todo parecía tener una vida propia y acusar el dolor, cuando menos.

—¡Neal, no debió nacerlo! —rugió Jarvis, con su preocupada mirada fija en la materia esférica—. ¡Aún no nos había atacado, pero ahora *sí* va a hacerlo! ¡Mira!

Neal y la doctora Marvin contemplaron con horror la reacción de

la «cosa» ante el impacto del proyectil corrosivo. Aquella esfera no se precipitó sobre ellos ni les atacó directamente.

Tampoco parecía hacerle falta. Tenía sus propias armas para atacar.

Esas armas eran diminutas pero térribles. Del cuerpo redondo como un balón fofo, empezaron a escapar escamas verdosas, que revolotearon por el aire, como pavesas de un fuego inexistente, para precipitarse por millares sobre los tres astronautas. El cielo nocturno todo, se cubrió de esas láminas verdes, que con rapidez centelleante iban adhiriéndose a su casco, a sus ropas... y *penetrando* de un modo increíble en su propio cuerpo, a través del traje hermético, sobre el cual parecían primero disolverse, desintegrarse totalmente, para después materializarse de nuevo sobre su epidermis, a la que se adherían igual que lapas, endureciéndose rápidamente.

De una forma borrosa pero segura, el comandante Jarvis estuvo seguro de algo en esos dramáticos momentos en que manoteaban todos, intentando deshacerse de aquella lluvia copiosa de miles de millares de pequeñas placas verdes, de que al fin habían encontrado, sobre el suelo hostil del Planeta X, la fuente original de las esporas verdes, el musgo fatal que convertía a los seres vivientes en piedra.

Aquella «cosa» era el reproductor fértil de las esporas malditas. Y su ataque de ahora, no era sino una forma violentísima, excitada, de vomitar esa clase de esporas formando grupos, láminas, que atacaban de manera masiva a los seres humanoides.

No tuvieron tiempo de pensar muchas más cosas» ni él, ni la doctora Marvin ni el astronauta Tobee Neal.

Porque súbitamente, la materia verde hizo su efecto sobre sus cuerpos, virulentamente invadidos por los millones de agresivas esporas.

Y los tres se convirtieron en piedra.



La puerta de la cabina se abrió en aquel momento, a espaldas del segundo de a bordo, Roger Ireland.

—¡Señor, señor, ocurre algo terrible abajo! —gritó la voz del profesor Clifford.

No atinó a decir más, porque justo entonces descubrió que el hombre de confianza del comandante Jarvis, estaba encañonando con un arma mortal a Sheena Logan y al preso.

Pero ese momento bastó. Unido al descubrimiento de que todos ellos sufrían ya el mal verde de una forma progresiva alarmante, la llegada, sorpresa de Clifford, desorientó un instante a Ireland.

Fue poco tiempo, pero el suficiente para que entrara en acción Clint Sherkwood, precipitándose como una centella sobre Ireland. Este gritó, alarmado, apretando el resorte de disparo sin vacilar.

Ya era tarde. El proyectil no alcanzó a Sherkwood, y tampoco a Sheena, que había aprovechado el instante para arrojarse al suelo, evitando ser herida. Simultáneamente a la caída de Sherkwood sobre Ireland, Sheena Logan logró aferrar los tobillos del hombre armado desde el suelo, y le derribó.

Sherkwood descargó sobre Ireland un mazazo formidable con sus puños, y el segundo de Jarvis se desplomó, medio inconsciente. Antes de que pudiera recuperarse, ya el arma estaba en poder de Sherkwood, que le encañonó fríamente.

Asustado, el profesor Clifford intentó algo, pero la voz de Sheena le advirtió con rapidez:

—¡No, profesor, no haga nada! ¡Ireland es el verdadero asesino, no Sherkwood! ¡El sólo quería encontrar al culpable, por eso escapó del Asteroide-Prisión cuando vio a Ireland a bordo de la nave «Andrómeda I»!

—Cielos, eso no tiene sentido… —jadeó Clifford, mirando con estupor al preso.

—Tiene más del que imagina, profesor —silabeó Sherkwood duramente—. No tema, no mataré a este canalla, aunque merezca mil veces la muerte. Debe vivir para ser juzgado y condenado como lo fui yo… Dejé abierto el grabador de sonido de a bordo, y su confesión de antes debe estar ya impresa en cinta magnética, como la mejor prueba… Eso le conducirá a un asteroide-prisión donde sabrá lo que es sufrir año tras año, década tras década, hasta envejecer y morir…

—Se equivoca, Sherkwood —declaró Ireiand con la voz llena de odio—. Ni usted ni nosotros vamos a vivir para eso. ¿No se ha dado cuenta de que el mal de piedra nos está ya atacando virulentamente, y es sólo cuestión de horas que nos convirtamos en simples estatuas como Wayne Henkel y los demás astronautas llegados antes a este planeta? ¡Todos vamos a tener una condena perpetua mucho más insufrible que la de cumplir trabajos forzados en un asteroide!

—Dios mío, de eso venia a hablarles… —jadeó el profesor Clifford, saliendo de su aturdimiento—. Acabo de verlo desde la sala de controles. Ha sido algo espantoso… No pude hacer nada en absoluto, aunque intenté destruir a la «cosa» con una descarga de rayos de alta tensión…

—¿«Cosa»? ¿Qué «cosa», profesor? —quiso saber Sheena Logan, angustiada.

—La que atacó a nuestros compañeros… y los destruyó.

—¿Qué? —aulló Sherkwood palideciendo—. ¿Destruidos? ¿Quiénes? ¿Jarvis y los demás?

—Eso es... Una horrible bola viscosa... vomitó millones de esporas sobré ellos. Les cubrió virtualmente de ese maldito musgo en pocos instantes... y ahora son... son sólo estatuas de piedras inmóviles en la selva. Por cierto que... que las *otras* estatuas iban siguiéndoles, tienen movimiento, vida...» aunque con una lentitud exasperante... ¿Entienden ustedes ese horror?

Asintió gravemente Sherkwood, mirando con patética seriedad el rostro lívido de Sheena, y la expresión, entre crispada y sardónica, del vencido Ireland.

—Creo que sí —dijo el fugitivo del asteroide—. Esas esporas tenían lógicamente ún lugar de origen. 'Ellos se encontraron con él, y todo se precipitó. Evidentemente, cuando se produce la mutación, ésta no quita la vida a los petrificados. Lo que ignoro es si continúan disfrutando de una vida racional, puramente humana... o pasan a ser, simplemente, «cosas» al servicio de una forma de pensar diferente, de unos seres microscópicos pero tal vez *inteligentes,* como pueden serlo estas esporas...

En ese momento, Sherkwood se miró sus manos, sus brazos, y lanzó una ronca exclamación. Sheena le miró con alarma.

—¿Qué ocurre ahora? —quiso saber ella—. ¿Alguna nueva desgracia?

—Creo que esta vez es todo lo contrario, Sheena —suspiró Sherwood, mostrando sus manos—. Vea esto... Yo tenía hace poco tiempo unas manchas verdes que crecían... Vea ahora. Están *desapareciendo,* diluyéndose..,

Sheena, perpleja, se miró su propia piel y la de Ireland. También el profesor Clifford contempló sus manos con desaliento.

—A mí no me sucede igual... —murmuró este último amargamente—. El mal sigue creciendo paulatinamente. Es evidente que las esporas han logrado reproducirse y atacar incluso dentro de esta nave. Llevamos la muerte con nosotros...

—Yo también sigo con esas manchas en grado creciente —asintió Sheena—. Y del mismo modo Ireland... Sherkwood, ¿qué significa que usted reaccione de modo diferente, y ese mal no progrese en su piel?

—No lo sé. Pero en buena lógica, sólo existe una explicación —declaró el ex recluso gravemente.

—¿Cuál?

—El asteroide-prisión.

—¿El asteroide? ¿Qué tiene él que ver con esto? —se extrañó Sheena.

—Tal vez mucho. Allí trabajábamos en una cantera de piedra diamantina, especial, de una dureza increíble... Eran como enormes cristales rocosos, como diamantes gigantescos. Son piedras de una propiedad radiáctiva especial. El polvillo de la demolición de los

muros de esa cantera, se va posando insensiblemente en la piel de los penados, penetrando de modo paulatino en sus poros, como podría hacerlo el polvo de mármol, o de plomo, en otras activivades. Quiero creer que ese polvillo, en mi epidermis... ha sido una especie de *anticuerpo* que ha absorbido y destruido a las esporas verdes, por sus propiedades radiactivas.

—¡Maldito sea! —rugió Ireiand, lívido de ira—. ¡No es posible! ¡No puedo admitir que usted, por estar en ese horrible asteroide, ahora esté *inmunizado* contra el mal que destruye todo vestigio de vida en este planeta!

—Y sin embargo, la vida tiene a veces esas ironías, Ireland —rió duramente Clint—. Usted me envió con sus infamias y con su odio y rencor sin límites, a un destino fatal y penoso. Fue su gran triunfo. Y, sin embargo, ahora, ese triunfo suyo se convierte en mi gran victoria. ¡ Yo viviré mientras usted se transforma en piedra!

—Parece olvidar algo, Sherkwood —señaló tristemente el profesor Clifford. Abajo, esas estatuas atacaban a nuestros camaradas cuando sucedió lo de ese nido de esporas. Eso quiere decir que también aquí dentro, Sheena, Ireland o yo... le atacaremos, a usted cuando seamos estatuas. Y aquí no tendrá evasión posible, ni podrá combatir a unas estatuas asesinas...

—Ya lo he pensado, profesor —Sherkwood le miró ceñudo, mientras reflexionaba—. Ahora, esperemos a resolver eso. Aún no se han transformado ustedes en esa horrible mutación. Antes, veamos lo que sucede allá abajo. Luego... intentaremos evitar que el mal prospere hasta aniquilarnos a todos.

—Me temo que eso no sea posible, Sherkwood —gimió Sheena.

—¡Claro que no será posible! —clamó Ireland, jubiloso—. ¡Está atrapado, Sherkwood, atrapado de por vida en este planeta! ¡Será destruido... o convertido finalmente en una de esas horribles estatuas, igual que todos nosotros!

—Podría evitarlo fácilmente —sonrió Sherkwood con frialdad—. Me bastaría obligarles ahora a descender al suelo del Planeta X... y partir yo luego con la nave, dejándoles a todos aquí.

Se miraron en silencio Sheena, el profesor Clifford y el segundo de Jarvis. Un mutismo de horror les invadió, cuando entraban todos en la amplia sala de controles.

Pero Clint Sherkwood soltó una agria carcajada y añadió:

—No teman. No soy tan desalmado como usted, Ireland. Yo nunca haría eso, ni tan siquiera con un asesino... Trataré de salvarles. A todos.

—¿Cree que es humanamente posible? —dudó Clifford, desalentado.

—No lo sé, profesor. Voy a tratar de averiguarlo ahora —fue la

fría respuesta del hombre evadido del asteroide.

8

La nave flotaba como una gigantesca nodriza de plata sobre el panorama insólito de la noche en el Planeta X. Una noche de tres lunas pálidas y tristes, de luz lívida y melancólica, de silencios eternos en las junglas de aquel mundo siniestro... y de inmovilidad total ahora, en la pléyade de estatuas humanoides en que se habían transformado, bajo la costra verduzca del musgo maligno, el comandante Jarvis, la doctora Marvin, los astronautas Tobee Neal y Wayne Henkel... y otros muchos astronautas, como los terrestres Beswick y Novak, y otros llegados de diferentes planetas, en expediciones espaciales de tiempos remotos tal vez, cuando sus civilizaciones superiores eran emisarias de su cultura a otros mundos.

La luz infrarroja invadía de claridad más nítida las formas de los astronautas inmovilizados. Las manos de Sheena, bajo el control directo de Clint Sherkwood, trataban de manipular las computadores de a bordo, en busca de un análisis concreto de la auténtica situación física y mental de los mutantes, en el momento actual. Unos complejos sensores electrónicos, actuando a distancia, eran capaces de detectar las constantes vitales de los humanos. Lo que hacía falta, es que los sensores pudiesen penetrar la hermética costra de piedra que envolvía ahora a sus amigos.

—Wayne Henkel y los demás no acusan vida humana alguna — suspiró Sheena, descorazonada, al comprobar la negativa quietud de los indicadores, situados en el punto cero, respecto a actividad física o mental de los examinados—. Veamos a los demás. Sólo nos queda esa esperanza, Clint....

Sherkwood asintió. Su mirada de soslayo se fijó un momento en la figura de un Roger Ireland desafiante y burlón, que parecía gozar con aquel fracaso trágico. Ahora, para él, que se sabía condenado a un final mucho peor que la misma muerte, la única victoria posible, el único motivo de placer, consistía en pensar en la posibilidad de que también Clint Sherkwood lo acompañara en aquel destino siniestro.

—Un momento —avisó Clifford, también expectante—. Detecta algo de vida ahora...

Las agujas habían oscilado. Señalaron un punto determinado. Sheena manipuló la computadora. Esta emitió su diagnóstico, a la vista de la actividad limitada de los sensores analíticos:

«FORMA DE VIDA NO HUMANA EN LOS CEREBROS DE

> LOS MUTANTES. ACTIVIDAD ORGANICA SIMPLE. REACCIONES MENTALES EXTRAÑAS.»

—¿Qué significa esto? —Indagó Sheena, entregándole el comunicado electrónico a Sherkwood.

—Lo que me temía —silabeó él, pensativo, sombrío—. Persiste una forma de vida debajo de esa piedra. Pero ya no es la de ellos. Sólo la de una materia orgánica distinta. Y agresiva. Debe apoderarse de su cerebro, de sus tejidos. Les convierte en estatuas hostiles, enemigas de la vida humana... Quizá sin mucha inteligencia, pero con odio suficiente para matar, si alcanzan a su víctima...

—Es horrible, Clint.

—Horrible, sí. Todo parece serlo en este planeta. Ahora, veamos al comandante y los demás. Es preciso ver lo que hay de vida en ellos todavía, puesto que sólo llevan unos minutos de mutación...

Los sensores se centraron en Jarvis, la doctora Marvin y Tobee Neal. Las agujas indicadoras oscilaron. Hubo parpadeos de luz en la computadora. Salió rápidamente la cinta de papel impresa:

> «VIDA HUMANA EN LETARGO CRECIENTE. ACTIVIDAD MENTAL DECRECE. SINTOMAS DE SOPOR QUE PUEDE SIGNIFICAR EL TRANSITO A LA PERDIDA DE SUS CONSTANTES VITALES POR ACTIVIDAD DESTRUCTIVA DE LAS ESPORAS EN SUS CEREBROS. SITUACION MUY GRAVE.»

La luz roja de experiencia se encendió en la pantalla del computador. Una línea que mandaba las constantes vitales de los tres astronautas, comenzó a decrecer sensiblemente, descendiendo en la escala de graduación de actividades psíquicas.

—¡Dios mío, están muriendo lentamente debajo de esa maldita costra! —jadeó el profesor Clifford—. ¡Y no pueden hacer nada por evitarlo! ¡Agonizan lentamente, devorados por esas espantosas criaturas, cosas o lo que ellas sean!

—Espere, profesor —habló con voz firme Sherkwood. Sus ojos brillaban con una luz de inteligencia y tensión excitada—. Tal vez sea posible aún intentar algo...

—¿Intentar qué? —se lamentó Sheena amargamente. Dos lágrimas rodaron por sus mejillas pálidas—. Esos pobres amigos nuestros... Todos ellos perdidos, viéndolos morir ahí abajo, sin posibilidad humana de ayudarles...

—Existe una sola posibilidad —murmuró Sherkwood—. Una muy remota posibilidad... pero voy a intentarlo. Profesor, haga descender la nave.

—¿Descender? ¿A tierra?

—Eso es. Toque suelo en cualquier claro de esa selva, no lejos de donde están nuestros compañeros de viaje.

—¿Qué pretende? —se alarmó Clifford.

—Sospecho que no hay tiempo que perder —el tono de él fue seco, incisivo—. No pregunte. ¡Descienda! Si eso resulta... tal vez aún pueda todo resolverse. Si no... que Dios nos ayude a todos.

Clifford, sin saber qué hacer, presionó los controles de descenso. La nave se puso en posición vertical. Comenzó el descenso hacia la superficie del planeta.

—¿Qué va a hacer, exactamente» Clint? —quiso saber Sheena en voz baja.

—Lo primero de todo, descender. —¿Qué?

—Exactamente eso. Bajar de la nave... e ir a donde están el comandante Jarvis, la doctora Marvin y el astronauta Neal...

* * *

—Es una locura. No logrará nada...

Desalentado, el profesor Clifford se apartó de la pantalla del visor, donde era visible claramente Clint Sherkwood, moviéndose por la espesura de la selva planetaria, en dirección a tres estatuas humanas que permanecían quietas en un determinado punto, a la claridad lunar» rodeadas de otras amenazantes estatuas, vueltas a la inmovilidad, como antes en el templo ruinoso situado allá en la distancia.

—¡Claro que no hará nada! —masculló Ireland, riendo— ¡Está loco si cree que ese tipo puede resolver algo, profesor! Vamos, ¿por qué no me suelta y me deja que sea yo quien conduzca esta nave? Tal vez si despegamos ahora, y nos alejamos de este planeta, las cosas vuelvan a normalizarse, y nuestra piel recupere la salud...

Clifford miró ceñudo al criminal. Se limitó a manifestar secamente:

—Cállese, Ireland. Cuando el comandante Jarvis sepa la verdad sobre usted, si alguna vez vuelve a la vida, que sea él la única persona que decida sobre usted. Si no... que nuestro destino se cumpla. Después de todo, habrá sido una forma de sufrir su merecido castigo. Eso, al menos, me servirá de consuelo cuando yo también me convierta en una de esas horribles estatuas...

—¡Váyanse todos al diablo! —rugió Ireland, agitando sus manos, ligadas con cintas magnéticas que nadie podía desprender, salvo conectándolas al sistema de seguridad correspondiente—. Están locos... Todos locos...

Sueñan imposibles. Ese estúpido que juega a ser héroe, morirá ahí

abajo, corno todos...

—Quizá —Sheena Logan le miró fríamente—. Pero al menos, habrá intentado algo hermoso: salvarnos a todos. Habrá luchado noblemente por ayudar a quienes tanto le perjudicaron durante años, sin rencor ni odio. El, cuando menos, sí merece vivir, Ireland...

El asesino apretó los labios, enmudeciendo lleno de ira. La joven clavó sus ojos en la pantalla, siguiendo los pasos del ex recluso.

Ella y Clifford se quedaron sin aliento, esperando lo que ahora pudiera suceder.

Clint Sherkwood había llegado ya junto a las estatuas de Jarvis, la doctora y el astronauta.

En ese mismo instante, amenazadoras, lentas e implacables, las estatuas restantes comenzaron a moverse. Sus extraños ojos brillantes, como carbones encendidos, que ya ni siquiera reflejaban inteligencia humana alguna, se clavaban ominosamente en el intruso.

Pisadas demoledoras, de piedra viva, crujieron sobre los matorrales de aquel planeta, en dirección a Sherkwood. Este, inmutable, siguió junto a los tres astronautas, víctimas recientes de la mutación.

E intentó lo que había bajado a hacer allí.

Lo intentó, mientras la distancia que le separaba de las otras estatuas amenazantes, era cada vez más reducida...

* * *

Clint Sherkwood hizo algo sorprendente.

Se despojó totalmente de su atavío espacial. Sus brazos, rostro y torso, quedaron desnudos, bajo la luz lunar de los tres astros de la noche. Luego friccionó fuertemente su piel contra la dura caparazón verduzca que envolvía a los astronautas;. Primero Jarvis, luego la doctora Marvin, y finalmente Tobee Neal. Eran fricciones que parecían no servir absolutamente de nada. Les frotó tas cabezas, rostros, manos... El contacto era tan áspero, que su piel se arañaba o desgarraba, comenzando a sangrar, pero Sherkwood, sin vacilar, seguía adelante con su tarea.

Contempló a los astronautas. Miró de soslayo hacia las sombras pavorosas que las estatuas, en avance inexorable, proyectaban ya sobre él. Las cosas parecían seguir igual, sin reacción alguna a su tratamiento. Y, por el contrario, el riesgo de morir triturado por aquellas masas de piedra, crecía por momentos.

Pese a ello, Sherkwood continuó heroicamente su tarea. Diminuto polvillo cristalino, arrancado de sus poros, brillaba ahora sobre la costra verdosa, al desprenderse de su piel, tan fuertes eran las

fricciones.

El sudor goteaba por su rostro y cabellos. El torso era ahora el que sangraba, friccionado contra los pechos petrificados de la doctora Marvin, en un contacto que no tenía nada de procaz, y sí mucho de heroico.

Repitió la maniobra una vez más. Las estatuas distarían ya no más de cinco o seis yardas de él. Manos como guanteletes de piedra, se alzaban siniestras en la noche, recortándose contra las lunas azules del Planeta X.

La Muerte estaba rozando a Clint Sherkwood. Una muerte distinta y aterradora, en un mundo extraño y hostil, bajo cuya superficie parecía sentirse constantemente la vibración, el temblor de convulsiones geológicas que agitaran con fuerte vida interior su envoltura sólida.

De repente, sucedió.

Fue como un milagro.

Los ojos de Jarvis parpadearon. De la figura estatuaria de la doctora Marvin, se desprendieron como cortezas los trozos de endurecido musgo. Era igual que si de repente, las estatuas se agrietaran misteriosamente. El mismo fenómeno estaba produciéndose ya en el comandante Jarvis y en Tobee Neal.

Crujiendo, abriéndose mil fisuras en ella, la piedra verdosa se desmoronaba, se deshacía, desprendiéndose del cuerpo humano que hasta entonces había cubierto. Paulatinamente, debajo de aquella costra comenzaba a asomar la piel humana, los rostros, las figuras de los tres astronautas...

—¡Lo conseguí...! —gritó roncamente Sherkwood—. ¡Logré enfermar a esas esporas con el polvo de vidrio, que debe atacar su forma de vida y las destruye! ¡Un poco de ese polvo cristalino del asteroide, basta para acabar con el mal!

Pero para entonces, ya las estatuas estaban allí, agresivas y terribles. Unas manos pétreas cayeron sobre Clint, para aplastarle y destrozar su cráneo, triturar sus huesos y convertirle en un pelele sanguinolento.

Clint evitó todo eso, saltando ágilmente, eludiendo el acoso, con la única ventaja que tenía sobre las estatuas: su propia agilidad, su rapidez de reflejos y la elasticidad de sus músculos, entrenados para las más duras tareas en aquellos largos años de cautiverio espacial.

—¡Volvemos a la vida! —gritó la voz de la doctora Marvin—. ¡Comandante Jarvis, vuelvo a sentir mi propia vida, puedo pensar por sí misma!

—Sí, esa influencia extraña en nuestro cerebro, desaparece ya... —asintió Jarvis, como saliendo de un letargo de siglos. Miró con asombro hacia el hombre que eludía una y otra vez el ataque pesado y

demoledor de las estatuas —¡Mirad, ha sido él, Clint Sherkwood, el delincuente, quien lo ha conseguido! ¡Vamos, hay que ayudarle contra esos monstruos asesinos!

Ellos no sabían cómo hacerlo, pero tenían que intentar auxiliar a quien acababa de devolverles a su estado primitivo, y sin siquiera huellas de la contaminación verde en su piel.

Alzaron sus armas para descargarlas sobre las estatuas. Sherkwood evitó de nuevo otro mazazo de la piedra viviente, que hubiera podido convertir en pulpa su cráneo. Ahora, al verles volver a la vida humana, las estatuas giraban hacia ellos sus malignos ojos, y los cuerpos pétreos se encaminaban formando un cerrado cerco hacia los astronautas providencialmente liberados de la maldición de piedra, luciendo sus ojos aquella rara malignidad que otra forma de vida, alojada en sus cerebros, les prestaba semejante crueldad asesina.

Dispararon Jarvis y Neal. Los rayos levantaron chispas en las formas de piedra, pero éstas se mantuvieron incólumes. Las armas de los astronautas no lograban nada con aquellos cuerpos ciclópeos.

Fue un descubrimiento escalofriante. Sherkwood» tras evitar otro ataque mortal, les avisó roncamente:

—¡A la nave, hay que intentar llegar a la nave y salir de aquí cuanto antes! ¡No podemos vencerles con nuestras armas!

El comandante Jarvis tenía muchas cosas que preguntar a aquel hombre, a quien dejara cautivo a bordo, y que ahora parecía haberse erigido en el más ardiente defensor de todos ellos, pero sabía que no era el momento, ni resultaba ahora lo más importante.

Eran sus vidas las que estaban, en juego, y con ellas, el regreso a casa, la vuelta a su mundo, tras abandonar aquel planeta de pesadilla, de una vez por todas.

Era preciso luchar por todo eso con las máximas fuerzas posibles, olvidando todo lo demás.

—¡Tiene razón, Sherkwood! —afirmó Jarvis—. ¡Doctora, Neal, todos a la nave, si ello es posible! ¡Pronto, hay que intentarlo!…

Se volvieron, pero en seguida advirtieron que no. No era posible.

Las estatuas habían visto la presencia de la nave plateada, parada allá, en el claro. Se habían interpuesto entre ellos y la «Andrómeda I», para evitar que pudiesen alcanzarla y huir.

Las moles verdes les cerraban el paso. Y eran un obstáculo demasiado difícil para ser salvado. Era como enfrentarse a una muralla. Y, además, dotada de vida propia, para empeorar las cosas.

Sherkwood intentó atraer hacia él a algunas de las estatuas vivientes, para permitir la fuga de sus cama- radas, pero ellas no cayeron en la trampa. Siguieron cerrando todo posible camino de evasión, como un obstáculo monolítico, infranqueable.

—De todos modos, Sherkwood… gracias por intentarlo —dijo

Jarvis, preparándose para luchar por su vida, teniendo junto a sí a la doctora Marvin—. No sé lo que está ocurriendo, ni por qué está usted aquí, pero... hizo más de lo que sé puede imaginar, por pretender salvarnos de nuestro destino. Ahora creo que vamos a morir todos juntos. Esos monstruos son virtualmente invencibles.

Corroborando sus palabras, las moles de piedra se movieron hacia ellos. Nuevas descargas de sus armas, a la desesperada, se limitaron a arrancar chispas de la durísima superficie musgosa.

Poderosas manos de piedra se alzaron para triturarlos. La doctora Marvin exhaló un grito, resbaló y cayó. Una de aquellas moles osciló, para precipitarse sobre ella. Su peso' la aplastaría inexorablemente.

Y ahora, ni siquiera Clint Sherkwood podría hacer ya nada por ella ni por nadie...

9

Ya, ni siquiera un milagro podía salvarles.

Y, sin embargo, el milagro se produjo.

Ninguno de ellos supo en principio lo que sucedía. Fue como si de repente, toda la decoración cambiase en torno suyo, sin motivo aparente, sin lógica alguna.

Para asombro de Sherkwood, de Jarvis y de todos los demás, repentinamente rugió la tierra, el suelo se convulsionó y arrugó, y emergió una especie de boca o cráter, en la espesura.

Esa boca o cráter se abrió justamente bajo los pies de las malignas estatuas musgosas. Las tragó, en medio de una bocanada de humo y fuego.

Luego, el suelo recuperó su apariencia normal, y el súbito volcán se borró de la superficie, con tanta rapidez como había surgido. Ni una señal de su presencia quedó ante los ojos atónitos de los astronautas, que se miraron entre sí, estupefactos.

—Dios mío... —susurró Jarvis—. ¿Vieron lo que yo vi?

—Claro —asintió Sherkwood, demudado—. ¿Qué fue *eso?*

La doctora Marvin se había incorporado, ayudada por los fuertes brazos del comandante Jarvis. Se aferró a éste, patética, estremecida, y jadeó:

—Fue como si un volcán justiciero se abriese para ellos, salvando nuestras vidas...

—Los volcanes no obran así, al menos en ningún planeta volcánico que yo conozca —gruñó Jarvis—. No tiene sentido que, de repente, se abra esa boca, trague a las estatuas, vuelva a cerrarse... y aquí no ha pasado nada.

—Eso es cierto —asintió Tobee Neal, con voz débil—. Es... es grotesco. Pero le debemos la vida.

—Este suelo... —Sherkwood se inclinó, golpeándole con el pie, perplejo—. Es un planeta lleno de actitud interior... Acaso volcánica, pero... ¿por qué surgió ese cráter en el momento preciso y en el lugar exacto?

—¿Tal vez una atracción magnética de las estatuas? —sugirij6 Neal.

—No creo —rechazó la doctora—. Ya hubiera ocurrido antes, en todo caso.

—Ella dice la verdad —afirmó Sherkwood—. Parece como si ese cráter hubiese esperado al momento justo, decisivo... para abrirse y engullirlos. Es absurdo...

—Sea como sea, estamos vivos y, momentáneamente a salvo —se expresó Jarvis con buen sentido práctico—. Soy partidario de que regresemos a la nave. Es el momento de volver, de irse para siempre de aquí.

—Sí, eso es cierto —convino Sherkwood, ceñudo aún, mirando una y otra vez hacia la superficie del planeta con aire absorto. Como a regañadientes, acepto. Vamos ya... Sea lo que sea, nos salvó. Eso debe bastarnos...

Echaron a andar rápidamente hacia la nave. Jarvis no pudo evitar preguntar por lo sucedido. Sherkwood le miró antes de decir escuetamente:

—Arriba habrá tiempo, comandante. El profesor y Sheena Logan lo saben. Hay pruebas grabadas... Sabrá usted entonces que Roger Ireland, su segundo, fue el culpable de todo lo que me achacaron a mí...

Sorprendido, el comandante se limitó a asentir, sin añadir una sola palabra más.

Subieron a la nave «Andrómeda I». Esta cerró herméticamente sus puertas. Comenzó a hacer funcionar sus reactores poderosos. Sherkwood cortó las manifestaciones de júbilo de Clifford y de Sheena Logan.

—Eso puede esperar —dijo—. Ustedes, vengan aquí. Tengo que quitarles de encima ese mal que llevan...

Bastará unas fuertes fricciones, el roce con mi piel. No piense mal cuando le toque el turno, Sheena. No pretenderé aprovecharme de la circunstancia. Piense que incluso ese maldito de Ireland tendrá que sufrir el tratamiento... para salvar su vida y poder pagar cuanto hizo con todos los años de su existencia ligados al asteroide del que yo escapé...

Sheena sonrió, algo frívola.

—Todavía no he protestado, Clint —dijo—. Y estoy segura de que no lo haré...

Jarvis sonrió, mientras rápidamente, el desnudo torso de Clint y

sus fuertes brazos rozaban y oprimían los puntos ya manchados de verde, incluso en el bien atado Ireland. Rápidamente, las manchas se dispersaron en escamas verdosas, que cayeron al suelo, pulverizándose. La doctora esterilizó la cabina.

—Están a salvo —dijo Sherkwood—. Por fortuna, el polvo radiactivo de las canteras del asteroide-prisión, son el mejor antídoto contra ese mal… Ha sido una coincidencia providencial…

—Que nunca se hubiera dado, si usted no escapa en nuestra nave —sonrió Jarvis, estrechando su mano—. Bien, amigo mío, ¡vamos allá! Nos marchamos para siempre del Planeta X, sin haber llegado a desvelar sus misterios… sin saber qué fue lo que nos salvó…

La nave, majestuosamente, despegó, alejándose definitivamente del Planeta X, que se redujo en la distancia.

Todos contemplaron su distanciamiento a través de la pantalla televisora de a bordo, con un mal disimulado suspiro de satisfacción.

Inesperadamente, la computadora comenzó a emitir un zumbido. Un panel se iluminó en vivo color rojo.

—¿Qué significa eso? —exclamó atónita Sheree Logan—. ¡ Alguien pide comunicar con nosotros por el canal de emergencias!

—Conecte, por favor —dijo Jarvis, frunciendo el ceño—. ¿Qué sucede ahora?

Sheena hizo el contacto. En la pantalla, aparecieron una serie de signos y de interferencias eléctricas indescifrables. La computadora trabajaba intensamente, con toda seguridad desvelando mediante algún complicado código una forma de lenguaje que le era extraña, pero que podía traducir, gracias a sus sensibles circuitos especiales.

Para pasmo de todos, en la pantalla aparecieron líneas de texto súbitamente. Era un mensaje perfectamente legible. La computadora había traducido fielmente las ondas de comunicación llegadas a sus circuitos :

> «Viajeros del espacio» adiós. Buen viaje. Me siento feliz de haberos liberado a tiempo, salvando vuestras vidas y aniquilando a las criaturas dañinas.
>
> Vosotros me disteis la vida al prestarme anticuerpos que han exterminado la plaga verde de mi ser. Ahora ya puedo vivir, pensar, actuar, como siempre lo hice a lo largo de mis siglos de vida.
>
> Creo que nunca imaginasteis que yo fuese como soy. Hay formas de vida que nadie imagina fácilmente, dispersas por el Universo. Yo soy una de ellas.
>
> Sé que nunca más volveremos a vernos. Pero me alegra haberos ayudado a volver a vuestro hogar. Era lo que debía hacer por quienes me ayudaron también a mi

Adiós, amigos.

Aquí dejáis un amigo que os recordará eternamente. Pero sigo viajando, moviéndose por el Universo. Es mi destino.

Adiós.»

El mensaje asombroso terminó allí. La computadora quedo silenciosa.

Los astronautas se miraron con estupor. Sheena Logan apretó con fuerza el brazo de Clint Sherkwood, que sonrió, moviendo la cabeza, pensativo, al tiempo que acariciaba los cabellos de la muchacha instintivamente.

—¿Quién envió ese mensaje? —preguntó roncamente Jarvis,

—La computadora lo recibió, comandante —dijo la doctora Marvin—. Tal vez otra forma de vida que no llegamos a ver en ese planeta...

—Creo que no podíamos verla, señores —era Sherkwood quien hablaba.

—¿Por qué, Sherkwood? —se volvió Jarvis hacia él. vivamente— ¿Qué está usted pensando?

—Algo fantástico, pero posible —suspiró el ex convicto—. Todo es posible en el Universo, señor. Dios pudo crear criaturas tan diversas... Tengo una idea. Pregunten a la computadora. Que nos transmita la imagen de esa criatura viviente.

Jervis asintió. Manipuló la computadora. Esta zumbó. Súbitamente, en la pantalla volvieron a dibujarse trazos, líneas, cifras en rápida sucesión. De repente, se concretó una silueta, una imagen. Y se quedó fija allí.

—El Planeta X... —dijo Jarvis, impaciente—. Bien, bien. Pero *¿quién* había en ese planeta? ¿Cómo es su misterioso habitante?

—Comandante, ¿recuerda usted que había indicios de una fuerte vida interior en ese mundo? —habló Sherkwood—. Las computadoras detectaban la existencia vital de *algo*... Ahora sabemos lo que sí. La respuesta está ahí.

—¿Dónde?

—Ahí —Clint señaló la pantana—. En esa imagen. ¿Quiere saber qué forma de vida nos ayudó cuando se hubo liberado de su propio mal de siglos? Véala. Ahí está...

Jarvis miró a la imagen fija en la pantalla. Jadeó:

—No es posible. No puede ser... el... el...

—Sí, comandante. Es la respuesta. Ahí tiene a la criatura que nos envió el mensaje. Es EL PLANETA X. EL MISMO PLANETA es la «cosa» viva qué nos habló... ¿Lo entiende? No es un mundo, simplemente. Es... es UN CUERPO VIVÍENTE QUE PIENSA Y EXISTE, en eterno

movimiento a través de los planetas, soles, estrellas y espacios intergalácticos, por los siglos de los siglos... TODO ese planeta.., no es otra cosa que un gigantesco y sensible, ser viviente...

El comandante Jarvis, abrazando a la doctora Marvin, como Sherkwood abrazada a Sheena Logan, sólo atinó a musitar, contemplando su imagen, cada vez

—Adiós... amigo.

F I N